MERCURIO

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA
Número 137 | Enero de 2012
EJEMPLAR GRATUITO

NARRATIVA
Carlos Ruiz-Zafón
José María Merino
Jorge Edwards
Julian Barnes

ENSAYO
Iñaki Uriarte
Carlos Castilla del Pino
José Mª Pozuelo Yvancos

POESÍA
José Luis García Martín

ÁLVARO POMBO
A PROPÓSITO DE *Nietzsche y Ortega*

—"La atracción por los diagnósticos funestos se alimenta de una neurosis morbosa"
JORDI GRACIA

AFORISMOS, MÁXIMAS, SENTENCIAS
ARTE DE LA BREVEDAD

ARTÍCULOS DE
JUSTO SERNA
CARLOS PUJOL
ALBERTO BLECUA
ERIKA MARTÍNEZ
ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ
FELIPE BENÍTEZ REYES

ILUSTRACIÓN DE
EVA VÁZQUEZ

ah

ANDALUCÍA EN LA HISTORIA

Nº35

Dosier

En nombre de la libertad, Cádiz y "La Pepa"

La revista de **la Historia de Andalucía**

... Además

75 años del drama de la carretera Málaga-Almería

Toros y pan. La cría de reses bravas en el valle del Guadalquivir

Entrevista con Antonio Miguel Bernal

SUSCRÍBASE AHORA POR SÓLO **13,50 EUROS**
Y RECIBIRÁ COMO REGALO ESTOS DOS INTERESANTES LIBROS:

Andanzas y Recuerdos de José Venegas
Inventario de los cuadros sustraídos en Sevilla de Manuel Gómez Ímaz

JUNTA DE ANDALUCIA

Centro de Estudios Andaluces
CONSEJERÍA DE LA PRESIDENCIA

Mas información:
T. (+34) 954 787 001 / www.centrodeestudiosandaluces.es

contenidos

Número 137 | Enero 2012

Mercurio es una publicación
de la Fundación José Manuel Lara
para el fomento de la lectura

Fundación
José Manuel Lara

Presidente **José Manuel Lara**
Vicepresidente **José Creuheras Margenat**
Vocales **Consuelo García Píriz**
Antonio Prieto Martín
Directora **Ana Gavín**

MERCURIO

Director
Guillermo Busutil
Subdirector y editor gráfico
Ricardo Martín
Editor literario
Ignacio F. Garmendia
Coordinadora **Carmen Carballo**
Consejo Editorial **Carlos Pujol**
Adolfo García Ortega
Manuel Borrás
Jesús Vigorra
Maquetación **milhojas. servicios editoriales**
Diseño original **José Antonio Martínez**
Imprime **Artes Gráficas Gandolfo**
Depósito Legal SE-2879-98
ISSN 1139-7705

© FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA
Edificio Indotorre. Avda. de Jerez, s/n.
41012 Sevilla | Tel: 95 450 11 40
www.revistamercurio.es
revistamercurio@fundacionjmlara.es

Envío de libros para reseñas:
Revista Mercurio
Fundación José Manuel Lara

Para publicidad en Mercurio:
Marcos Fernández
revistamercurio@fundacionjmlara.es
Tel: 95 450 11 40

La dirección de esta publicación no comparte necesariamente las opiniones de sus colaboradores. Tampoco mantiene correspondencia sobre artículos no solicitados.

Mercurio tiene una difusión mensual de 50.000 ejemplares con distribución nacional en librerías y grandes superficies.

Temas

ARTE DE LA BREVEDAD

08 **Actualidad del aforismo** — *Justo Serna*
"El aforismo es, así, una brecha, no un cierre o una clausura del saber"

10 **Analistas de la condición humana** — *Carlos Pujol*
"La gran tradición de los moralistas franceses arranca en el *grand siècle* y llega hasta Cioran"

12 **Bocados de oro** — *Alberto Blecua*
"Para Erasmo, lo peculiar del apotegma es la brevedad, la sabiduría y la agudeza"

14 **Añicos** — *Erika Martínez*
"El aforismo español sigue estando gobernado por la prosa del pensamiento, que nace de la incertidumbre"

17 **Un arsenal de ideas** — *Enrique García-Máiquez*
"La emboscada de Nicolás Gómez Dávila consiste en hacernos creer que estamos ante una obra fragmentaria"

Clásicos

19 **Ramón, por greguerías** — *Felipe Benítez Reyes*
"Su genialidad tuvo un pie en las vanguardias y otro en el casticismo madrileño"

Geografías

20 **Atenas. Entre cipreses y olivos** — *Blanca Andreu*
La milenaria capital de Grecia es la ciudad europea habitada por más animales en libertad

Fondo y formas

22 **Las fuerzas extrañas** — *Ignacio F. Garmendia*
E.T.A. Hoffmann, Johann Joachim Winckelmann, Walter Burkert, Edgar Neville, Scott Fitzgerald

Lecturas

23 **Narrativa.** Carlos Ruiz Zafón, Uwe Johnson, José María Merino, Jorge Edwards, Sándor Márai, Laura Freixas, Julian Barnes, Peter Stamm, José Mauro de Vasconcelos, Paul Viejo, Andrés J. Reina, Junichiro Tanizaki, María Iglesias

35 **Ensayo.** Carlos Castilla del Pino, Iñaki Uriarte, Isabel Burdiel, José María Pozuelo Yvancos, Jesús Marchamalo

38 **Jordi Gracia** — *Entrevista de Tomás Val*
"La atracción por los diagnósticos funestos se alimenta de una neurosis morbosa"

43 **Poesía.** Rafael Adolfo Téllez, José Luis García Martín, Isabel Bono

46 **Infantil y juvenil** — *Care Santos*
La pirámide roja, Cielo rojo, Nat y el secreto de Eleonora, En la plaza quieta

47 **Ciencia. La nueva cultura** — Francisco Mora

Firma Invitada

50 **De la brevedad de Ortega y Nietzsche** — *Álvaro Pombo*
"Al leerlos, tiene uno la sensación de que las ocurrencias se escapan de los textos, volviéndolos instantáneos"

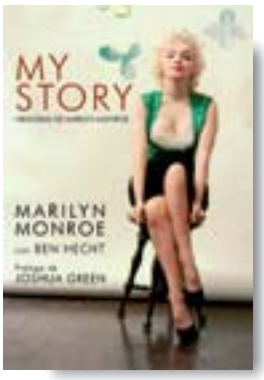
CONTEXTO

NUEVOS EDITORES PARA NUEVOS TIEMPOS

Las crónicas de la señorita Hempel
Sarah Shun-lien Bynum

Libros del Asteroide

Una deliciosa novela sobre una joven profesora que se enfrenta a su recién estrenada vida adulta. Sarah Shun-lien Bynum es un soplo de aire fresco.



My Story
Marilyn Monroe con Ben Hecht

Global Rhythm Press

En las memorias de Marilyn Monroe percibimos su chispa, su inteligencia e incluso un eco verbal de su irresistible vibración erótica.

Reina Lucía
E.F. Benson

Impedimenta

Adorada por legiones de fans, *Reina Lucía* es una deliciosa sátira sobre la pretenciosa y relamida burguesía rural *british*.

Deshielo a mediodía
Tomas Tranströmer

Nórdica

Tomas Tranströmer es el premio Nobel de Literatura 2011. Su poesía nos da un acceso fresco a la realidad. Un poeta único.

El largo adiós de Ellen Olestjerne
Franziska von Reventlow

Periférica

Una novela de formación *femenina* que es un canto a la libertad individual de la mujer en un mundo, el de finales del XIX, lleno de prejuicios y cortapisas.

Aullido
Allen Ginsberg
Ilustrado por Eric Drooker

Sexto Piso

Una inquietante y magnética novela gráfica del aclamado y censurado poema *beat* de Ginsberg.

Libros del Asteroide · Global Rhythm / Papel de liar · Impedimenta · Nórdica · Periférica · Sexto Piso

www.contextodeeditores.com

Pocas palabras bastan

Podríamos pensar que la brevedad, como sostienen algunos entusiastas de las nuevas tecnologías, es el signo de nuestra época, pero lo cierto es que la escritura aforística se remonta muy atrás en el tiempo, al menos hasta los clásicos de la Antigüedad, y ha conocido varios momentos de esplendor desde el Renacimiento. Por esta razón, cuando llegan a las librerías importantes novedades relacionadas con el género, como los *Aflorismos* póstumos —aquí reseñados— de Carlos Castilla del Pino, se hace necesario volver la vista atrás para enmarcar esta chispeante forma de literatura en una tradición que no ha perdido vigencia.

Comenzamos por una exposición general de Justo Serna en la que el autor reflexiona sobre la naturaleza y las posibilidades del aforismo como forma de pensar el mundo. El linaje de los moralistas franceses es analizado por un gran conocedor de la materia, Carlos Pujol, que sigue el rastro de un extraordinario ramillete de pensadores —Pascal, La Rochefoucauld, La Bruyère, Chamfort o Joubert— hasta llegar a Cioran, legítimo heredero de su visión escéptica y desencantada, pero profundamente apegada a la condición humana. Por su parte Alberto Blecua, el editor de Rufo, propone algunas calas en la literatura española de los Siglos de Oro para desbrozar el camino que siguieron entre nosotros las muy populares colecciones de apotegmas —textos breves, sabios y caracterizados por la agudeza, a decir de Erasmo— que florecieron con el humanismo y prolongaron su ascendiente hasta bien entrado el siglo XVIII.

Sin duda, nuestro Baltasar Gracián es uno de los grandes cultivadores europeos del género, pero el aforismo ha seguido dando frutos en la literatura española. Erika Martínez recorre el siglo XX de la mano de autores como Juan Ramón Jiménez, Bergamín, Max Aub, Sánchez Ferlosio o Carlos Edmundo de Ory, y llega hasta nuestros días en los que Carlos Marzal, Lorenzo Oliván o Andrés Neuman, entre otros, continúan el hábito de expresar el pensamiento en píldoras.

El colombiano Nicolás Gómez Dávila, excéntrico autor de los *Escolios*, es glosado por un gran admirador de su obra, el poeta Enrique García-Máiquez. De Ramón Gómez de la Serna, el ingenioso "reinventor" de la greguería, escribe Felipe Benítez Reyes, que gasta la mejor prosa literaria a este lado de los Pirineos. Y Álvaro Pombo, en fin, pone un espléndido colofón donde discurre a propósito de la brevedad en Ortega y Nietzsche. Hay otras luminarias, pero todas las que comparecen en estas páginas brillan con luz propia. ■

¿QUIERES QUE TUS HIJOS DISFRUTEN DE LA lectura?

CLUB LEO.

Por solo 20 euros al año

RECIBIRÁN 4 LIBROS EN CASA

Seleccionados según el nivel lector
y la edad de cada niño/a

ADEMÁS tendrán acceso a:

- -Actividades on-line
- -Concursos de escritura
- -Recomendaciones de lectura

infantil y juvenil

FUNDACIÓN Alonso Quijano

Información e inscripción: www.alonsoquijano.org ▪ Tfno.: 952 23 54 05

EL PENSAMIENTO EN PÍLDORAS

"Es un pensador: es decir, sabe considerar las cosas más sencillas de lo que son".

Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*

MIGUEL SÁNCHEZ LINDO

Contamos hoy con numerosos medios que dilatan la expresión, pero en plena modernidad tecnológica hemos ido a parar a la escritura discontinua, más o menos chispeante e instructiva de los tiempos clásicos

ACTUALIDAD DEL AFORISMO

JUSTO SERNA

Las sentencias, las máximas, los proverbios, los aforismos... La tradición nos presenta una amplia gama de fórmulas expresivas, de *géneros chicos* en los que el pensamiento se plasma con arte y concisión. El autor se ciñe, se constriñe: escribe con brevedad y eficacia retórica. Porque, en efecto, los géneros chicos son escrituras condensadas, sentenciosas, apodícticas y económicas. Aleccionan o sorprenden: sin la argumentación que precede o sin el razonamiento que sucede. Son la última expresión.

Del pasado histórico nos vienen dos grandes fórmulas: los proverbios y los aforismos. Por su brevedad, por su sonoridad, por su aserción, pueden ser leídos en voz alta y recordados. Pocas líneas que resumen una enseñanza o que expresan una incertidumbre. Tratan del hombre, de las creencias, de la vida y de la muerte; y suelen tener un sentido moral.

En la Antigüedad y después, los proverbios fueron el pensamiento popular que condensaba y fijaba enseñanzas tradicionales, prescripciones colectivas. Se basaban en el sentido común, en la evidencia incontestada de las cosas. Los proverbios eran, así, aserciones prácticas de doctrina. Cada perla era la cuenta de un collar. Había un todo conocido —esa doctrina—, el todo del que el proverbio era un detalle.

Hoy, por el contrario, predominan los aforismos taxativos que bajo formas lapidarias niegan lo evidente o lo acostumbrado. ¿Ocurrencias, *boutades*? Desde la época moderna, quienes cultivan el género chico suelen buscar la paradoja con el ánimo de provocar al lector, reclamando de él su complicidad. El aforismo es, así, una brecha, no un cierre o una clausura del saber. Es fragmento del que ignoramos su conjunto, esa totalidad a la que podría pertenecer.

Alguien tiene una idea. Siente necesidad de pronunciarla y de retenerla. Felizmente dispone de papel, un cuaderno, un billetito en el que anotarla.

ASTROMUJOFF

Queda enunciada, fijada. Ya tiene forma. El pensamiento está a salvo. Pero inmediatamente quien escribe descubre que lo dicho es inferior a lo deseado, que lo anotado no es un calco de aquella cavilación. Puede que solo sea una birria. Lo inexpresado es solo potencial: tiene mucho futuro y tiene mucho prestigio. Si no se escribe, no se malogra; y así quien permanece en el silencio siempre podrá creerse capaz o mejor de lo que realmente es, dueño de esa cavilación que no tiene forma. Pero una vez plasmada la idea, el resultado decepciona. Por eso, el autor reincide con otra formulación, con otras palabras: al hacerlo altera lo pensado. ¿Qué pensamiento?

Una parte fundamental de la vida se nos va sin vivir el presente. Nos pasamos horas y horas adelantando el futuro en silencio: meditando sobre el porvenir, razonando, conjeturando, atribuyendo sentido a las cosas que todavía no han acaecido. Nos pasamos mucho tiempo exhumando lo consumado y ya inerte: recordando lo que nos sucedió o creemos que nos sucedió, con el significado que tuvo o que ahora tiene para nosotros. Nos pasamos la vida observando lo que justamente ocurre o creemos que ocurre.

De pronto tenemos una urgencia: sobre un cuaderno, sobre una libretita, queremos anotar un dato que enjuiciamos. El resultado es una idea, un exabrupto, un dolor o una alegría. Nos basta con una frasecita, pero necesitamos decirla con toda la precisión de que seamos capaces. Es un pensamiento que nos identifica, que revela o expresa el yo, esa valoración que hacemos de algo que nos concierne. Y hemos de hacerlo en pocas líneas: con la brevedad a que nos obligan el soporte y el tiempo, escribimos esa idea. Tenemos únicamente un atadijo de papel y unos pocos minutos: la vida se nos va en ello y no queremos que se nos desvanezcan la ocurrencia, la vivencia. Por tanto, nos demoramos solo lo fundamental. Y la anotamos. La releemos y, al margen de que refleje mejor o peor lo que teníamos en la cabeza, descubrimos que tiene ritmo y hasta una rima insospecha. Descubrimos que tiene principio y final, incluso una disposición circular. Descubrimos, en fin, que tiene los términos exactos.

Es una idea suelta. En todos los sentidos de la expresión: ha sido evacuada y además no tiene continuidad necesaria. De hecho, a esa cavilación finalmente liberada que ya tiene forma y enunciación no le falta de nada, y al releerla una y otra vez olvidamos cuál fue el pensamiento inexpresado. Precisamente por eso, al releer esa idea incluso en voz alta, las palabras se vuelven insustituibles: con ambigüedad o precisión dicen lo que dicen, lo que tienen que decir. Cuando la forma verbal es irremplazable, entonces es que ha cobrado una belleza sonora. Casi es un canto irrepetible.

Estamos ante un género chico, sí, pero también grande. Le ocurre como a un poema. La palabra es la que es, siempre precaria e insuficiente, pero los versos son todo lo que son, medidos y relacionados: hay imágenes o enseñanzas que resultan de esa combinación y de esa disposición. Un poema no puede ser resumido o parafraseado sin malograrlo. Un aforismo tampoco puede ser abreviado o glosado. Por principio es fugaz; y lo precario y lo literal de su expresión no admiten alternativa: si se la buscamos, reescribiremos el aforismo y el resultado será otra sentencia distinta. Eso es lo que hacen quienes practican el género, este género chico, agrandar la escritura añadiendo nuevos aforismos hasta formar florilegios, compendios que pueden tener hilo conductor o elementos comunes: textos más o menos amplios que pueden leerse intermitentemente y con interrupciones, con desorden.

La tradición nos enseña que el aforismo se cultiva para delatar o manifestar todo tipo de estados o juicios. Por un lado, la expresión del yo ante el mundo, la indagación de un individuo que se sabe perteneciente a la humanidad y que a la vez se ve distinto; por otro, la valoración de ese mundo y de la conducta individual. Un observador y un juicio moral: eso es lo que predomina en el género. Alguien que sabe las reglas, que sabe lo que sus mayores hicieron, que sabe cuál es el sentido colectivo que se da a las cosas, pero también alguien que ve lo insólito, lo inaudito, lo paradójico de la vida y de sus normas.

¿Y cuál es el resultado? El pensamiento corto, sin espesor, sin cuerpo. Es curioso: contamos hoy con numerosos medios que dilatan la expresión y que multiplican los soportes, pero en plena modernidad tecnológica hemos ido a parar a la escritura perecedera y discontinua, más o menos chispeante, más o menos instructiva de los tiempos clásicos: pocos, poquísimos caracteres con espacio; la escritura de siempre, la que se inscribió, por ejemplo, en aquel atadijo de papeles, la que se consumó en el género del aforismo. Acumulamos datos que nos sobrepasan y dictaminamos con pocas referencias. No tenemos una razón olímpica y nos valemos de una mente precaria, siempre limitada. Y nos pronunciamos o eso intentamos: expresamos lo que queremos decir y a la vez expresamos nuestro yo, la identidad que precisa ser dicha. Aunque sea malamente.

Estamos como al principio de los tiempos: necesitados de decir, de observar y de anticipar, de sopesar; y de manifestarlo grave, irónica o brevemente: el tiempo apremia y el soporte no aguanta. A ese resultado decepcionante y operativo es al que hemos llegado. Nos hemos pronunciado. ¿Y luego? Luego nos morimos: nos quedamos sin habla y sin expresión, sin soporte, sin cuerpo. Todo se nos queda chico. ■

Desde la época moderna, quienes cultivan el género chico suelen buscar la paradoja con el ánimo de provocar al lector, reclamando de él su complicidad. El aforismo es, así, una brecha, no un cierre o una clausura del saber

Estamos como al principio de los tiempos: necesitados de decir, de observar y de anticipar, de sopesar; y de manifestarlo grave, irónica o brevemente: el tiempo apremia y el soporte no aguanta

Cuando la forma verbal es irremplazable, entonces es que ha cobrado una belleza sonora. Casi es un canto irrepetible

La gran tradición de los moralistas franceses arranca en el 'grand siècle' con autores como La Rochefoucauld o La Bruyère, continúa en el XVIII con Vauvenargues, Rivarol o Chamfort, sigue dando frutos con Joubert y llega hasta Cioran en el siglo XX

ANALISTAS DE LA CONDICIÓN HUMANA

CARLOS PUJOL

Moralistas

La Rochefoucauld
La Bruyère
Joubert
Chamfort
Cioran

El género tiene varios nombres equivalentes a sentencia breve, así, aforismo (del griego, "definición") y máxima, del latín "regla máxima", sustantivando el adjetivo; en ambos casos se designa una frase sentenciosa que se supone ejemplar, unos pedacitos de filosofía al alcance de todos. A veces, un florilegio de citas de hombres ilustres, pero también reflexiones personales expresadas de una manera rápida y concisa, con la amabilidad de no querer cansar al lector. Para evitar equívocos tengamos en cuenta que los *Pensamientos* de Pascal solo en apariencia pertenecen a la aforística, porque en realidad son notas provisionales destinadas a un libro que no llegó a escribirse.

Sin embargo en la misma Francia del siglo XVII fueron sus contemporáneos los que establecieron el canon literario de las máximas, un capítulo de la literatura al que se suele poner el epígrafe de "moralistas"; que nadie se llame a engaño, en francés la palabra no significa que estos sean autores cuyo propósito es moralizar, es decir, enseñar la moral, sino que reflexionan sobre las costumbres —en latín *mores*— y la condición humana. Los "moralistas" franceses por lo común es dudoso que sean edificantes, más bien tienden a cierto cinismo desengañado y de buen tono que emplea, eso sí, una lengua impecable, elegantísima.

Esta modalidad literaria nació como pasatiempo mundano en los salones de la nobleza, habitualmente presididos por alguna aristocrática musa que presumía de ingenio y distinción; como la marquesa de Rambouillet, quien en su *chambre bleue* reunía un cenáculo entre pedante y cursi que hizo nacer la afectación almibarada del preciosismo, moda que ya satirizó Molière y de la que casi nada ha perdurado. Una superviviente de este famoso salón fue otra marquesa, Madame de Sablé (1598-1678), dama a la que se atribuyeron numerosos amoríos, que hizo mucha política quizá por el simple gusto de hacerla, y que por fin acabó muy devota, aunque con buenas dosis de jansenismo (se retiró a un pabellón pegado a la abadía de Port-Royal de París).

A simple vista, un cambio sorprendente, asociando la rebuscada frivolidad con el rigorismo moral más extremoso. Lo cierto es que en su casa se cultivó a manera de juego de salón el ingenio de los aforismos; a menudo parece que obra colectiva de los asistentes, formulando y puliendo ideas que venían de muy antiguo; por ejemplo de Séneca y san Agustín (este último, el santo predilecto de los jansenistas), y en ocasiones de tiempos más próximos: Montaigne..., y nuestro Gracián, muy traducido y admirado en estos ambientes (en las máximas de Madame de Sablé hay dieciséis tomadas directamente del *Oráculo manual y arte de prudencia*).

Pero si recordamos este círculo de selecta sociedad es porque en él participaba el duque de La Rochefoucauld (1613-1680), cuyo volumen de *Máximas* es uno de los hitos del llamado clasicismo francés. Curioso personaje que vivió intensamente hasta la derrota y el desengaño las últimas batallas de la nobleza aún feudal antes del advenimiento del poder absoluto de Luis XIV. Orgulloso de su estirpe, que según parece ya era principal en el siglo X, participante en todas las revueltas y rebeldías del tiempo de Luis XIII y de Mazarino, en su vejez, casi ciego, gotoso y sin futuro —aunque quizá enamorado, se supone que platónicamente, de Madame de La Fayette—, cincela estas frases desconfiadas y amargas por las que ha pasado a la posteridad.

"Es fácil consolarse de las desgracias ajenas", nos dice con su frío humor, la virtud quizás apenas existe, porque el egoísmo es más fuerte (a los jansenistas les gustaba esa sombría visión del hombre). Nadie como él para acuñar frases lapidarias: "Si no tuviéramos orgullo no nos quejaríamos del de los demás", "Prometemos según nuestras esperanzas, y cumplimos según nuestros temores", "Perdonamos a quienes nos han hecho daño, pero no podemos perdonar a quienes se lo hemos hecho", "Nuestras virtudes suelen ser vicios disfrazados", "Por mucho que nos elogien no conseguirán sorprendernos", "La magnanimidad lo desdeña todo para tenerlo todo".

He ahí un repertorio de paradojas mordaces y casi nihilistas, que en el fondo congeniaba con el jansenismo ambiental y su insistencia en la naturaleza caída impregnada de pecado; pero La Rochefoucauld en materia de religión es neutral. En un universo implacable no espera nada de este mundo ni del otro, la hipocresía y la debilidad humanas son irredimibles. Y desde luego no aspira a guiar o aconsejar a sus lectores, no hace más que iluminar desde su perspectiva lo que juzga engañoso. Y no habla jamás de sí mismo —norma que ya había enunciado Gracián—, su altivez no condesciende a esas complacencias, el yo se esconde bajo ideas generales, él se limita a dejar constancia de ilusiones desvanecidas y fracasos.

Morirá piadosamente, asistido por el gran Bossuet y dejando desconsolada a Madame de La Fayette, la novelista de *La princesa de Clèves*, de todo lo cual tenemos testimonio en unas cartas de Madame de Sévigné (dicho sea entre paréntesis, una aglomeración de magníficos escritores en su lecho de muerte, el *grand siècle* es así). La Rochefoucauld marca para siempre la pauta de la literatura aforística francesa, tan pulcra y brillante como pesimista. A fines del mismo siglo XVII *Los caracteres* de La Bruyère insiste en la misma tónica ("Hay que reír antes de que seamos felices, no fuera que nos muriéramos sin haber reído"), y ya bien entrado el XVIII también Montesquieu cultiva el género, aunque sin tomárselo muy en serio, convirtiendo su carné de notas, que no se publicó hasta fechas muy recientes, en un cajón de sastre.

Pero sin duda fue el marqués de Vauvenargues (1715-1747), militar y diplomático que murió siendo un desconocido, la figura más atrayente y sugestiva de esta época; racionalista con muchos matices ("Conviene ser firme por temperamento y flexible por reflexión", "No se puede ser justo si no se es humano"), es un estoico original y asistemático: "Las pasiones han enseñado la razón a los hombres", "Despreciamos muchas cosas para no despreciarnos a nosotros mismos". Ha tenido que pasar mucho tiempo para que se reconociera la inteligencia y la personalidad de su obra.

Pero hay que trasladarse a los años de la Revolución para encontrar nuevas muestras interesantes del género. Son dos escritores, antagónicos por sus ideas, que representan muy bien la inevitable crispación del género en años tan convulsos. El conde

ASTROMUJOFF

Los 'moralistas' franceses por lo común es dudoso que sean edificantes, más bien tienden a cierto cinismo desengañado y de buen tono que emplea, eso sí, una lengua impecable, elegantísima

de Rivarol, que probablemente no era conde, hizo reír a todo París con sus aceradas sátiras antirrevolucionarias que le obligaron a exiliarse, pero su ironía no respeta a nadie, y mucho menos a los nobles: "La nobleza confunde sus recuerdos con sus derechos". Su contemporáneo Chamfort se lanzó a la política de signo jacobino, y jacobino seguirá siendo hasta su muerte —se suicidó en la cárcel cuando iba a ser guillotinado por los que pensaban como él—, con una independencia de criterio que es rara en medio del Terror. Nietzsche y Camus han sido algunos de los admiradores de este insolente plebeyo que rompe la tradición de los "moralistas" con título.

La literatura aforística tiene una espléndida continuidad en Joseph Joubert (1754-1824), amigo de Chateaubriand, quien lo dio a conocer póstumamente; fue un hombre acurrucado en un rincón de la vida, casi sin participar en ella, y destilando breves y agudísimas observaciones que ni siquiera se molestó en publicar. Joubert es un pequeño filósofo sutil y desengañado que inclina la tradición de los "moralistas" franceses en un sentido más espiritual: "El alma habla consigo misma en parábolas", "Dios es el lugar en el que no me acuerdo de todo lo demás", "Todos los jardineros viven en lugares hermosos, porque los convierten en hermosos", "Se hacen abstractos para parecer profundos", "Saber es ver en sí mismo".

Y tal vez no sea un mal término de este recorrido evocar aquí como su paradójico remate a Émile Cioran (1911-1995), rumano aclimatado en Francia (1937) que escribió en un admirable francés que los franceses parecen haber olvidado. Un extraño injerto venido del otro extremo de Europa transformando pasionalmente una tradición tan archifrancesa como la novela sicológica que ya cultivaba el último amor de La Rochefoucauld. "He buscado el Absoluto", confiesa este singular filósofo, ácido y tempestuoso, que ha llenado con sus reflexiones provocadoras más de mil páginas, las de los *Cuadernos* y otras obras como *Silogismos de la amargura* (este simple dato ya indica que, a diferencia de su ilustre predecesor, el duque, la mesura no es lo suyo).

Esta modalidad literaria nació como pasatiempo mundano en los salones de la nobleza, habitualmente presididos por alguna aristocrática musa que presumía de ingenio y distinción

"La verdad está en Shakespeare, un filósofo no puede apropiársela sin estallar junto con su sistema", "No hay salvación salvo en la imitación del silencio", "La poesía occidental, ejercicio de saltimbanquis y de estetas", "No he aportado nada nuevo, sino una desolación más luminosa", "En el Juicio Final solo se pesarán las lágrimas", "Me gustan los escritores de penumbra, como Joubert", "Solo nos presta servicio el que crea el vacío a nuestro alrededor"... Apasionado, exageradísimo y cultivando las exageraciones, Cioran es un grito de rebeldía que usa el molde más refinadamente educado de la época de Luis XIV. ■

Con el humanismo, el apotegma clásico pasa a ser un instrumento útil para formar a los lectores, pero también para entretenerlo y procurarle diversión

BOCADOS DE ORO

ALBERTO BLECUA

Qué es un apotegma? Pues, en realidad, ni los vocabularios ni los tratadistas antiguos y modernos definen en su plenitud el apotegma. Para Erasmo, sin duda el crítico que con mayor motivo podía tratar de la materia, lo peculiar del apotegma es la brevedad, la sabiduría y la agudeza. En la misma línea de Erasmo, el *Diccionario de autoridades* define el *apophthegma* como "sentencia breve, dicha con agudeza por persona grave, honrosa para el que la dice y mucho más para el que la oye, por lo conocido de sus palabras y profundo de su doctrina", y da como ejemplo el siguiente pasaje de un romance de Quevedo: "Oyólo Alejandro Magno / y recalcado en sus jambas, / muy ponderado de hocico, / más apotegma que chanza".

Para Quevedo, pues, como para el *Diccionario de autoridades*, la voz 'apotegma' poseía un carácter marcadamente grave, que se opone al contenido de ciertos dichos agudos que se incluyen en las colecciones de apotegmas, tanto clásicas como romances.

Con el humanismo, el apotegma clásico pasa a ser un instrumento sumamente útil para formar moralmente a los lectores. Esos "bocados de oro", como diría el autor medieval, son fácilmente memorizables y los niños pueden aprenderlos deleitándose a la vez. Con ellos aprenderán historia, filosofía moral y, desde luego, elocuencia. Porque, en efecto, el apotegma clásico fue revalorizado por su carácter ético, pero es innegable que la presencia de estas anécdotas en el discurso era signo de erudición, como lo es el uso del adagio, de la sentencia, de la alusión mitológica y, en fin, el uso de todo aquello que pudiera poner al descubierto la condición intelectual del orador.

Este aspecto erudito, tan característico del humanismo, hizo nacer desde fechas tempranas los florilegios, las oficinas, las polianteas que ponían al alcance de cualquier inteligencia, por roma que fuese, todo el caudal cultural que era necesario conocer o, por lo menos, aparentar que se conocía. Estos repertorios fue-

ron desde fecha muy temprana —y la aparición de la imprenta favoreció la difusión de los mismos— pasto espiritual y retórico de los estudiantes de humanidades.

En 1531, el anciano Erasmo compone la más amplia colección de apotegmas clásicos, extraídos en su mayor parte de la obra de Plutarco. No fue la exhaustiva antología de Erasmo —los *Apophthegmata*— la que puso de moda el apotegma en Europa, pero el gran prestigio de su autor aumentó su difusión, su uso y su intención moral. De gran difusión, como puede observarse por el número de los ejemplares conservados en bibliotecas españolas, la colección de Erasmo fue traducida independientemente en 1549 por Jarava y por Tamara, infatigables traductores como Gracián.

Por su parte, **Rodríguez de Almela quiere competir** con Valerio Máximo y colecciona el *Valerio de historias*, terminado en 1472, donde se relatan dichos y hechos célebres de españoles. A imitación de **las vidas de ilustres italianos, un anónimo compone** una colección de *Dichos y hechos del duque de Nájera don Pedro Manrique de Lara*, que permanecieron inéditos hasta el siglo XIX. Estas colecciones de dichos y hechos memorables de españoles ilustres culminan con las obras de Porreño, ya en el siglo XVII, que recoge los dichos y hechos celebrados de Felipe II y Felipe III.

Conviene señalar que estos dichos de modernos no suelen mantener la gravedad de los antiguos. En ellos va a predominar la agudeza, el chiste, la frase ingeniosa. Ya no los dicen siempre personajes ilustres, sino anónimos, "un hidalgo, un vizcaíno, un loco, un clérigo...". Nos hallamos ante una corriente nueva típicamente renacentista, ligada indudablemente al apotegma, pero, sobre todo, nacida de su propio tiempo, del ideal del perfecto cortesano, del perfecto hombre que habla, que tiene la palabra como el rasgo fundamental que le diferencia del resto de los animales. Y, además, como el hombre, según definía Aristóteles, es un animal que ríe, hay que salpicar las conversaciones de sales, de agudezas, de facecias.

En 1563 el librero y escritor Juan Timoneda publica las dos partes de *El sobremesa y alivio de caminantes*, "en el cual se contienen diversos y graciosos cuentos, afables dichos y muy sentenciosos". La colección de Timoneda, al igual que el *Buen aviso y Portacuentos*, publicado al año siguiente por el mismo autor, carecen de intención didáctica y el propio recopilador se encarga de decir en la breve epístola que abre *El sobremesa* que compone esta obra para que el lector se aprenda estos cuentecillos de coro y los pueda relatar en una conversación cuando sea el momento propicio.

La obra más celebrada de su género en España, la *Floresta española de apothegmas o sentencias sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles*, fue coleccionada por Melchor de Santa Cruz e impresa en Toledo en 1574. Se maravilla el compilador de que todavía nadie haya recogido los dichos de los españoles que no tienen, dice, "menos agudeza y donaire ni menos gravedad que los que en los libros antiguos están escritos". En la *Floresta*, la mejor colección y más graciosa de las de su época, abundan los cuentecillos tradicionales y los chistes y juegos de palabras.

El cordobés Juan Rufo, bien conocido como poeta épico, publicó en 1596 una colección de sus dichos personales con el título de *Las seiscientas apotegmas*, que son, en realidad, más de 700. La colección de Rufo, aunque fue muy admirada por Gracián, no tuvo éxito editorial. Solo se conoce una reimpresión, hoy perdida, de 1614. A partir de esta fecha habrá que esperar hasta principios del siglo XVIII para encontrar una nueva colección de apotegmas de interés. Se trata de la *Floresta española* (1728) recopilada por Francisco Asensio, en la que se incluyen numerosas piezas de otras colecciones y de distintos vocabularios o manuales de cortesanía. La *Floresta* de Asensio se reeditó varias veces en el siglo XVIII y sigue siendo todavía el más amplio repertorio de chistes y anécdotas clásicas españolas.

ASTROMUJOFF

Como hemos visto, a excepción de la de Rufo, que es original, las restantes colecciones no eran más que antologías de mayor o menor extensión recogidas por aficionados. Estas colecciones responden, como se ha indicado, al gusto humanista por saber contar con gracia una historieta, un chiste, un apotegma. Erasmo y Cervantes son dos ejemplos bien característicos de esta época, por no citar al autor del *Lazarillo*. Salpicar las conversaciones de gracias, de agudezas, de sales era una necesidad social. Muchos españoles, al igual que hicieron con las poesías, apuntaron pacientemente en sus cartapacios proverbios y sentencias; otros facecias y apotegmas, chistes, en realidad. Muchas de estas colecciones han desaparecido, pero algunas, importantes, se han conservado manuscritas.

Para Erasmo, sin duda el crítico que con mayor motivo podía tratar de la materia, lo peculiar del apotegma es la brevedad, la sabiduría y la agudeza

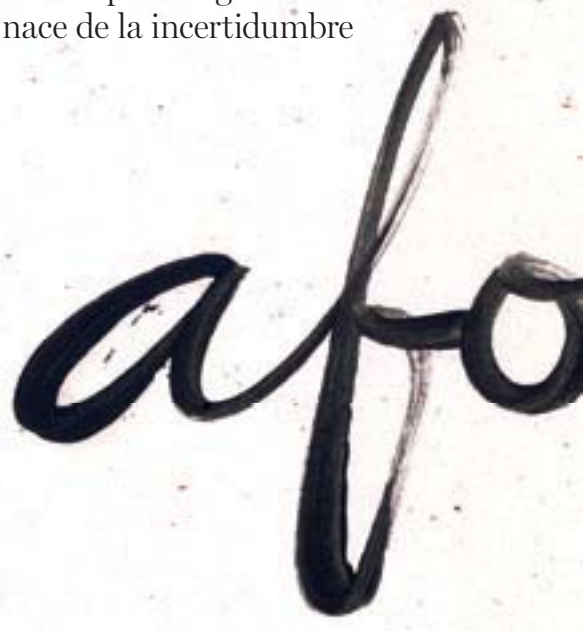
Son las colecciones de Pinedo, Garibay, Zapata o Arguijo, todas ellas compuestas en la segunda mitad del siglo XVI y primer cuarto del XVII. Son, en general, colecciones de chistes de españoles; en ellas abundan los cuentecillos tradicionales y siguen la misma línea temática de las impresas. Solo varían con la época. Las unas hablarán más de Garci Sánchez de Badajoz o del Gran Capitán; las otras, como la de Arguijo, de los más importantes artistas de su tiempo: Góngora, Quevedo, Céspedes, Herrera, Alarcón, Vélez de Guevara. Pero, de hecho, en poco se diferencian de las colecciones impresas, a no ser por cierta libertad en materia religiosa.

Por lo demás muchas de estas colecciones tienen cuentecillos similares y probablemente no se remontan a ningún testimonio común escrito. Frente al apotegma clásico, de transmisión escrita, el apotegma nuevo, más entroncado con el chiste que con la moral, se convierte en un bien mostrenco que se halla al alcance de cualquier español. ■

A pesar de su creciente aliento poético, el aforismo español sigue estando gobernado por la prosa del pensamiento, que nace de la incertidumbre e indaga en zonas precarias de la verdad

AÑICOS

El aforismo español de los siglos XX y XXI



ERIKA MARTÍNEZ

1 La revitalización del aforismo en nuestro país puede ser considerada como una manifestación particular del auge de las formas breves en lengua castellana. "El escritor que hoy quiere ser leído ha de saber fabricar píldoras, extractos, quintaesencias", apuntó Unamuno. Dicho auge, a su vez, arraiga en la crisis de la modernidad y en la afición del capitalismo tardío por la fórmula *brevedad + eficacia = rentabilidad*. Es cierto, vivimos sobre un terreno abonado para el aforismo, género que optimiza su economía expresiva, que es lingüísticamente rentable. Pero si esta fuera toda la verdad, un aforismo sería indistinguible de un eslogan publicitario. No ocurre así porque la literatura es capaz de ofrecerte a tu propia mascota de cena; no todo lo pequeño es sumiso y apacible.

El aforismo parte de la economía de lo breve y la violenta, generando un nuevo espacio capaz de adoptar la forma de confesiones y experimentos cada vez más lúdicos

Como particularidad, el aforismo contemporáneo parte de la economía de lo breve (concreción, agudeza, intensidad) y la violenta, generando un nuevo espacio fronterizo capaz de adoptar la forma de confesiones, dudas, observaciones bizarras y experimentos cada vez más lúdicos. En el caso español, Werner Helmich ha señalado la aparición de dos variantes, la metafísica y la metafórica, cuyos antecedentes más claros serían los *Pensamientos* de Pascal y los fragmentos de Nietzsche. Sobre ellos escribió José Bergamín, contraponiéndolos: "Pascal: la inteligencia de la pasión. Nietzsche: la pasión de la inteligencia".

A pesar de su creciente aliento poético, el aforismo español sigue estando gobernado por la prosa del pensamiento. Su tono y contenido parecen axiomáticos, pero nacen de la incertidumbre, indagan en zonas precarias de la verdad. Un aforismo, escribió Juan Ramón Jiménez, "no afirma ni niega, porque pone en crisis tanto a la afirmación como a la negación". Sin embargo, desde principios del siglo XX, la prosa de pensamiento del aforismo tolera rincones donde los galimatías discuten la lógica moderna, la dispersión boicotea la eficacia literaria y las intuiciones caprichosas usurpan el lugar de la pertinencia gnómica. De la razón moral al rapto poético, del pensamiento a la imagen, el aforismo español actual navega bien entre dos aguas.

2 José Bergamín es cada vez más alto y delgado, escribió Juan Ramón: se está estirando para alcanzar las ideas inéditas. Durante el primer tercio del siglo XX, el estirón que pegaron los aforistas españoles aportó al género una vitalidad inusitada y lo convirtió en un nuevo artilugio. Por su carácter asistemático, fractal y discrepante, por su tendencia centenaria a discutir toda forma de aspiración a la totalidad, los aforismos fueron un imán para las vanguardias. "Reaccionar contra lo fragmenta-

rio es absurdo porque la constitución del mundo es fragmentaria, su fondo es atómico, su verdad es disolvencia". Y la cita no es de ningún vate de la posmodernidad, sino del propio Gómez de la Serna.

Dentro de la tradición metafísica se encuentran los aforismos no demasiado conocidos de José Camón Aznar, Ramón J. Sender o Juan Gil-Albert, todos nacidos antes de 1905. En la variante más experimental, lúdica y provocadora, podemos situar a Max Aub y al propio Ramón. Las greguerías requerirían un estudio al margen. Respecto a Aub, la inmensa mayoría de sus brevedades no pueden ser consideradas como aforismos en sentido estricto, debido a su carácter ficcional y narrativo. Sin embargo, él mismo publicó en 1965 su "Paremiología particular" y recientemente hemos podido disfrutar del magnífico *Mucha muerte* (Cuadernos del Vigía, 2011), que contiene algunas brevedades afines al género. De la misma índole son los fragmentos dispersos recogidos bajo el título *Aforismos en el laberinto* (Edhasa, 2003).

Es difícil clasificar los *Proverbios y cantares*, de Antonio Machado, cuyo carácter sentencioso apunta, más que al aforismo, a una estilización poemática del refranero popular. Otra cosa son los diferentes escritos de Juan de Mairena, apócrifo para el que Machado recurrió a una prosa gnómica que sí alternaba el ensayo breve y el aforismo.

Respecto a José Bergamín, cabe citar *El cohete y la estrella* (1923), *La cabeza a pájaros* (1934) y los *Aforismos de la cabeza parlante* (1983), así como *Las ideas liebres* (1998), volumen recopilatorio que abarca de 1935 a 1981. En todos ellos, sin olvidar su poética del disparate, Bergamín alternó el extrañamiento y el tradicionalismo, recurriendo a menudo a la metáfora conceptista.

Queda para el final de este recorrido una de las obras aforísticas más fascinantes del siglo XX: *Ideolojía* de Juan Ramón Jiménez, recogida en *Metamorfosis IV* (1997). Los más de cuatro mil fragmentos que la integran van de la impresión al juicio, el recuerdo o la réplica, y acompañan —como señala Sánchez Romeralo— la evolución de la poesía del autor, alternando periodos de extrema condensación con periodos de un pulso relajado. Nada se podía adaptar mejor al género del aforismo que la siguiente poética: "Muerte y vida necesitan acaso un método, pero el método ha de ser sorprendente".

3

Es posible que pueda hablarse de dos auges del aforismo español, uno acontecido durante el primer tercio del siglo XX y otro que va desde los pasados años noventa hasta la actualidad. A pesar de ello, hay una generación intermedia de aforistas españoles de inmensa talla, entre los que destacan Juan Eduardo Cirlot, Cristóbal Serra, Ángel Crespo o Rafael Sánchez Ferlosio. Mención especial merecen *Los aerolitos*, imprescindible obra aforística de Carlos Edmundo de Ory, a quien Calambur dedicó el año pasado una edición conmemorativa.

Durante las dos últimas décadas, puede constatarse un incremento progresivo de la publicación

ASTROMUJOFF

Durante el primer tercio del siglo XX, el estirón que pegaron los aforistas españoles aportó al género una vitalidad inusitada y lo convirtió en un nuevo artilugio

de libros de aforismos en España. Sin olvidar el complejo origen del fenómeno, podemos aventurar algunas causas:

1. El incremento no es específico del género sino que responde a una transformación general del mercado del libro.

2. El reciente fin de siglo dio una mayor pulsión fragmentaria y filosófica a nuestra lírica. Este hecho podría haber empujado a los poetas hacia el aforismo (hay narradores aforistas, pero son muchos menos).

3. Los mensajes de las redes sociales, sometidos a la estrechez verbal, han entrenado a millones de personas en una comunicación cuyo alcance optimizan las herramientas literarias de la brevedad (más allá, por supuesto, de que las redes sociales constituyan una ficción autónoma).

4. Dado que el aforismo es un género especializado en la discusión de lugares comunes, me atrevo a plantear una hipótesis tan descabellada como los pensamientos de Jerzy Lec: durante la última década, el aumento de la práctica aforística puede ser analizado como una respuesta a la progresiva institucionalización de lo políticamente correcto. El aforismo sabe que los clichés morales están en los antípodas de la libertad.

En España, hay en la actualidad una camada significativa de aforistas. Entre los muchos que podrían citarse se encuentran, por ejemplo, Ramón Eder, Jorge Wagensberg, Ángel Frutos Salvador, Dionisia García, Miguel Ángel Arcas, Fernando Menéndez, Andrés Trapiello, Enrique Baltanás, José Mateos, Fernando Aramburu, Ricardo Martínez Conde, Carlos Pujol o Juan Varo, por poner tan solo algunos ejemplos. De entre los poetas, sobresale Lorenzo Oliván, autor de cuatro libros de aforismos que maneja con maestría intuición, meditación e imagen. En *Hilo de nadie* (DVD Ediciones, 2008), alterna miniaturas en prosa y poemas. Carlos Marzal ha publicado el magnífico *Electrones* (Cuadernos del Vigía, 2007), pero además mantiene una producción ingente en su blog bajo el rubro "Aforismo del día". Tusquets editará en 2012 su esperado volumen *La arquitectura del aire*. Andrés Neuman es autor de *El equilibrista* (Acantilado, 2005), de varios dodecálogos sobre el cuento y del diccionario aforístico por entregas *Barbarismos*. Álvaro Salvador ha escrito el agudo y sarcástico *Después de la poesía* (El Gaviero, 2007), donde se lee: "No creo que se puedan escribir aforismos sin tener cierta edad o cierta mala leche". Divertido, inteligente y punzante es *Minimás* (Baile del Sol, 2008), de la poeta sevillana Carmen Camacho.

Probablemente la mejor colección de aforismos de 2011 sea *Los extremos*, de Ramón Andrés (Lumen), libro donde la reflexión iluminada se combina con un escepticismo clásico. No hay que olvidar tampoco que las magníficas prosas del *Diario anónimo* de José Ángel Valente, recientemente publicado por Galaxia Gutenberg, están trufadas de aforismos, género que el autor gallego ya había frecuentado con anterioridad. Entre las novedades se encuentran además dos libros interesantísimos de Jordi Doce (*Perros en la playa*, La Oficina) y Roger Wolfe (*Siéntate y escribe*, Huacanamo), ambos misceláneos. También podemos citar la reciente publicación en Tusquets de los *Aflorismos* de Carlos Castilla del Pino.

"Los antiguos concibieron la escritura como un fármaco de la memoria. Escribir para recordar que acaso nunca fuimos", apunta Ramón Andrés. Leyéndolo, me pregunto de qué manera afectará al género un presente como el nuestro donde no ya el pasado, sino el mismo futuro se articula como ruina. ¿Qué pensamiento emergerá de nuestros próximos añicos? ■

Los aforismos del colombiano Nicolás Gómez Dávila, que él llamaba "escolios", son decantaciones de horas innumerables en una biblioteca personal de más 33.000 volúmenes

UN ARSENAL DE IDEAS

ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ

El colombiano Nicolás Gómez Dávila (1913-1994), uno de los máximos aforistas del siglo XX, no se consideró autor de aforismos. A los suyos, los títulos de sus libros los llaman "escolios", y los refieren a un texto (uno) implícito: *Escolios a un texto implícito, Nuevos escolios a un texto implícito...* Sin esa segunda precisión, el nombre de "escolios" podría parecer denominación de origen, como lo es "greguerías" (Ramón), "pecios" (Ferlosio), "flechas" (Nietzsche), "quintanares" (Mario Quintana), "aflorismos" (Castilla del Pino), "aerolitos" (Ory), etc. "Escolio" le vale como denominación de origen, pues el término se refiere —recuerda Franco Volpi— a una nota en los manuscritos antiguos y en los incunables, añadida por el "escoliasta" en interlínea o al margen para explicar los pasajes oscuros del texto. Gómez Dávila, cuyos aforismos son decantaciones de horas innumerables en una biblioteca personal de más de 33.000 volúmenes, bien podía bautizarlos como "escolios".

Todos los escolios se enraízan en ese texto que solo se nos menciona, pero cuya presencia acaba resultando ineludible

Pero quedándonos ahí los comprendemos a medias. Cuando intenté extraer sus aforismos metaliterarios, fue imposible. Todos —a pesar de que su brillantez y concisión permiten presuponer su autonomía— se enraizan en ese texto que solo se nos menciona, pero cuya presencia acaba resultando ineludible. No digo que los otros aforistas no tengan en su mayoría una visión del mundo más o menos enfocada. La tienen. Lo específico de Gómez Dávila es que esta se concreta en un texto (implícito).

Él va advirtiéndolo: "La elegancia literaria no es el arabesco que traza una mano diestra, sino la tangente ineludible a una multiplicidad de curvas mutiladas" o "Lo que el escritor dice es meramente parte del material con que escribe" o "Lo que aquí digo parecerá trivial a quien ignore todo a lo que aludo".

Por supuesto, se le puede leer en pequeñas dosis, como un arsenal de ideas reaccionarias. Para una mayoría de sus lectores, la calidad de su escritura las hace aceptables; o, mejor dicho, inaceptables pero hipnotizantes: "Si el escritor logra, de vez en cuando, abrir y cerrar su frase como una mano pliega y despliega un abanico, sus ideas nos seducen cualesquiera que sean". Quizá su desdén por sus críticos responda más a la incapacidad que demuestran de apreciar una prosa extraordinaria que a la divergencia ideológica, con la que Gómez Dávila parece contar siempre, casi con agradecimiento, para dar nervio a su obra: "Solo un talento evidente hace que le perdonen sus ideas al reaccionario, mientras que las ideas del izquierdista hacen que le perdonen su falta de talento". Si uno encuentra un escolio romo, ha de leerlo otra vez porque, dicho con sus palabras, "el lector se cree ante un error. Y está ante una emboscada".

Pero su gran emboscada consiste en hacernos creer que estamos ante una obra fragmentaria. Su obra única, pero implícita, campa (como en la carta del cuento de Poe) en todos sus títulos. Es implícita porque el autor confía en nuestra inteligencia para adivinarla: basta que dibujemos con pulso firme la línea de sus sucesivos escolios, como en el juego de unir los puntos. Cuando, además de la admiración literaria, sentimos una peligrosa comprensión de su pensamiento y —lo que es más peligroso aún— del mundo, es que hemos dado con el texto implícito. Lo dijo él mismo: "Del libro del reaccionario el lector sale menos indignado de lo que entra". Gómez Dávila, que se regodeaba en la indignación de los tontos, puso algunas complicaciones para que entrásemos en su libro. Lo que es un aliciente más, todavía. ■

MERCURIO

SUSCRIPCIÓN

Oferta 1
Diez números (suscripción anual)
20 € de gastos de envío

Oferta 2
Diez números (suscripción anual)
+ *La libertad como destino* de Fernando Savater
25 € de gastos de envío

NOMBRE Y APELLIDOS

NIF TLF.

DIRECCIÓN

MUNICIPIO

CP PROVINCIA

EMAIL

FORMA DE PAGO

☐ Transferencia a Santander Central Hispano
0049-5420-91-2110226271

☐ Talón nominativo a favor
de Fundación José Manuel Lara

☐ Efectivo (en nuestras oficinas)

☐ Domiciliación bancaria (20 dígitos)

☐ OFERTA 1 ☐ OFERTA 2

FIRMA Y FECHA

Ramón, por greguerías

MIGUEL SÁNCHEZ LINDO

FELIPE BENÍTEZ REYES

Parece como si Ramón, a la hora de ponerse a escribir, se colocara aquella mano postiza —la "mano convincente"— con la que podemos verlo desvariar a su gusto en una filmación de 1928. Él disfrutó de una chaladura metódica y amable, más proclive a las melancolías de orden lírico y burgués que a los demonismos y tenebrosidades de carácter que propiciaban los ismos. Aparte de eso, fue un hombre que tenía más aspecto de cronista oficial de la villa que de maestro de ceremonias —en pista compartida con Cansinos— de la Nueva Literatura. Ramón fue quizá demasiado circense para ganarse una reputación de genio, pero el caso es que lo fue: un genio de resonancia hueca quizá, disperso y desordenado, más atento a los pormenores que a las panorámicas, más partidario de hacer monigotes que grandes esculturas: "Aceptar la trivialidad es hacerse transigente, comprensivo, contentadizo". La suya fue una genialidad desportillada y falta de pulimento, con un pie en las vanguardias más o menos universales y con el otro en el casticismo a la madrileña, pero genialidad al fin y al cabo, al menos en la medida en que el genio representa una anomalía afortunada. En la eclosión de los ismos, militó en el ramonismo en calidad de sumo sacerdote y a la vez de monaguillo de sí. Tenía casi todo en contra para ser tomado en serio, pero, al cabo de los años, cuando la obra de tantos contemporáneos suyos flota en los limbos academicistas, él sigue ahí, con cierta rigidez de muñecón de cera, de acuerdo; con un leve aspecto de marioneta polvorienta de ventrílocuo, sin duda, pero *ahí*.

La de Ramón fue una genialidad desportillada y falta de pulimento, con un pie en las vanguardias más o menos universales y con el otro en el casticismo a la madrileña, pero genialidad al fin y al cabo

Ramón parecía escribir en estado de sonambulismo, tropezando con los milagros pequeños del mundo. Lo suyo era fabricar juguetes, y su gran juguete fue la greguería. ¿La inventó él? El propio Ramón, echando tierra encima a su paternidad del invento, rastreó greguerías en Luciano, en Eurípides, en Góngora, en Shakespeare... Quedemos en que Ramón adoptó el término y le aplicó un molde en el que cabían muchas cosas: aforismos, metáforas, humoradas, cursilerías, chistes, refranes... El asunto tal vez no haya que tratarlo en términos de invención, sino más bien de reinvención: Ramón sistematiza fórmulas existentes mediante el procedimiento de aislarlas, de bautizarlas y de convertirlas en género.

Las muchas definiciones con las que Ramón se creyó en la obligación de prestigiar la greguería resultan algo liosas y contradictorias entre sí. Da la impresión de que, al no poder encontrar una definición lo suficientemente precisa y abarcadora, optó por arriesgar muchas definiciones que, en el fondo, no pasan de ser pompas de jabón. Lo curioso es que todas ellas resultan válidas..., según el caso: una definición sirve para algunas greguerías y para otras menos, lo que no quiere decir que esas otras se queden sin definición específica, porque Ramón, como digo, tenía repertorio. En el conjunto de ellas se ofrecen distintos planos de visión, de construcción y de efecto: cada greguería es lo que es. Por haber, hay greguerías que ni siquiera parecen greguerías.

Ramón, en su infancia perpetua, fabricaba juguetes, en fin, y a veces los desmontaba para ver cómo estaban hechos, pero lo suyo era fabricarlos, no explicar cómo los hacía..., a menos que la explicación fuese, claro está, otro juguete retórico, como esos "prólogos renovables" que fue poniendo al frente de sus recopilaciones.

Ramón tal vez no inventó en sentido estricto la greguería, pero desde luego la greguería inventó en sentido lato a Ramón. Y luego todos hemos acabado siendo —a mucha honra— gregueristas gregarios.■

ATENAS ENTRE CIPRESES Y OLIVOS

La milenaria capital de Grecia es la ciudad europea habitada por más animales en libertad y la que más respeto muestra por ellos

BLANCA ANDREU

Cuando llegué por primera vez a Atenas y vi sus colinas, el tremendo farallón recortado en el cielo y la fantástica corona de columnas, me dije:

—¿Cómo puede ser tan bella?

Era la menos enfática de las ciudades, la más natural con su cabellera de cipreses y olivos. Pensé que me habría gustado verla con caballos.

Mucho después, la última vez que estuve allí, desde la terraza de un hotel que domina la ciudad, me di cuenta del secreto —oculto en la evidencia— que anima su belleza: Atenas tiene el campo dentro.

No solo el trono de los antiguos dioses resulta ser un monte virgen engarzado en plena ciudad. También Likabitos, el cerro donde habitaban antaño camadas de lobos, está incrustado en medio de la urbe. Desde la altura se ven grandes meandros de campo que entran y salen como oleaje y se suman a los jardines, a las enormes excavaciones y a los entornos de las ruinas clásicas.

Ahí mismo, en la Akrópolis, los lirios crecen libres y hay anémonas y adelfas sin colegiar y lechuzas blancas que sobrevuelan el declinar de las Pléyades.

Además, Atenas es la ciudad europea habitada por más animales en libertad y la que más respeto muestra por ellos. "La salud de un pueblo es la salud de sus animales", decían los antiguos.

En las estelas, en los frisos, en las esculturas funerarias y en la alfarería arqueológica aparecen no solo los caballos —a quienes atribuían la máxima belleza— sino los perros. Y es que en Atenas son ciudadanos de pleno derecho. A los perros de Atenas solo les falta votar, aunque nadie duda de que influyan en las corrientes de opinión, como el famoso Lukánikos, el perro que no se pierde ni una sola de las manifestaciones antisistema. Se los llama *adéspota*, que significa "sin dueño". Son completamente libres. A veces se pasean a su aire por el Partenón sin comprar entrada, circulan por Síntagma respetando los semáforos, se tumban al sol en Plaka, o se acercan a un restaurante a comer. Viven, en suma, su vida independiente como todo griego que se precie. Ellos mismos eligen a sus proveedores. A menudo, en los mejores hoteles de Atenas, en las entradas porticadas donde un conserje vestido de mariscal monta guardia, suele reposar algún perro instalado en una alfombrita, a veces viejo y ya despeluchado o medio cegato, cuya visión los ricos arrogantes deben soportar sin rechistar. Incluso hay uno, Hispas, que ha decidido adoptar a la Embajada Española como socio.

También es una ciudad de gatos lustrosos que celebran concilios a la puerta de las tabernas, de palomas que planean como buitres a la hora del desayuno, de

En la Akrópolis, los lirios crecen libres y hay anémonas y adelfas sin colegiar y lechuzas blancas que sobrevuelan el declinar de las Pléyades

Fragmento de un fresco micénico, ss. XIV-XIII a.C.; cariátides del Erecteion , en la Akrópolis; y Tetradracma ateniense, s. VI a.C.

descarados gorriones que se atreven a posarse en las terrazas de Plaka al borde del plato del pan.

Mirando a la izquierda desde el enorme farallón puede verse el antiguo barrio de los alfareros, que ahora, junto con la necrópolis, forma el gran museo arqueológico del Ceramikón. Allí, donde aún permanecen los restos de los héroes de Maratón, dormita entre la hierba una colonia de tortugas, tan campantes y felices bajo el sol griego como desdichadas y hacinadas malviven en la estación de Atocha de Madrid, que parece el Pozo Negro de Calcuta de los quelonios, un centenar de tortugas "ornamentales".

Casualmente, en griego se utiliza la misma palabra para el caparazón de las tortugas y para los pedazos de la cerámica que los alfareros destruían cuando una pieza resultaba defectuosa. Esos trozos cóncavos, llamados *óstraka*, servían para votar las condenas al ostracismo de los miembros detestados por la comunidad.

Esa costumbre, que en principio parece tan envidiable, tuvo que suprimirse cuando degeneró dando lugar a grandes injusticias. La más notable fue la de Arístides, apodado el Justo. El propio Arístides contó que el día de la votación se le acercó un sujeto que no sabía escribir y le preguntó si le importaría anotar su voto en su *óstrakon*:

—Por supuesto —respondió el gran hombre— ¿Qué nombre quiere que escriba?

—"Arístides" —le dijo el otro, que no lo conocía.

—¿Y por qué "Arístides"? —inquirió él, muy sorprendido.

—No lo he visto nunca, ni sé de él que haya hecho nada malo, pero estoy harto de escuchar que todos lo llaman "el Justo".

Contaba Benet que los triunfos romanos se construían en piedra, en tanto que los triunfos griegos se levantaban con madera y a los veinte años se destruían. En parte, supongo, a causa de aquellos que estaban hartos de oír hablar de cómo Milcíades, o quien fuera, les había dado para el pelo a unos *xenoi*. Sin embargo, cualquiera puede advertir que hay una gran sabiduría en esa norma que combatía la arrogancia más allá del justo orgullo y que acreditaba la soberanía del tiempo sobre los hechos, en tanto que, de paso, espabilaba al que se había dormido en los laureles.

También —y sobre todo— hay una altísima sabiduría en la ley tácita que obliga a los restaurantes y las tabernas a dar algo de comida a cualquier necesitado que se acerque a mendigar. Cuando me enteré de su existencia, me vino a la mente la vieja *bossa nova* de Vinicius de Moraes: "*Se todos fossem iguais a você / qué maravilha viver*". ■

IGNACIO F. GARMENDIA

Las fuerzas extrañas

Ilustración de Lidia Ortega para *El Hombre de la Arena* de E.T.A. Hoffmann.

Publicado por la serie de Relatos Ilustrados de **Metropolisiana**, donde han aparecido títulos de **Gautier**, **D'Aurevilly**, **Stevenson** o **Melville**, *El Hombre de la Arena* de **E.T.A. Hoffmann** es uno de los mejores cuentos del escritor alemán y una joya de la imaginería romántica, recuperada por la editorial sevillana en una nueva traducción de **Diego Valverde Villena** —obsérvese la leve pero pertinente alteración del título tradicional— que se presenta embellecida por los dibujos de **Lidia Ortega**. Recogida por primera vez en las *Piezas nocturnas* (1817) de Hoffmann y glosada en términos memorables por **Freud** u **Offenbach**, la desdichada historia —no exenta de ironía— del atormentado Natanael y la inexpresiva Olimpia, hija no natural del mefistofélico profesor Coppelius, es uno de esos relatos inmortales que se recuerdan siempre. En el epílogo, Valverde Villena muestra una admirable familiaridad con la tradición de "lo siniestro" que no se limita a los clásicos del género, pues junto al repertorio habitual encontramos menciones a las "fuerzas extrañas" de **Lugones**, los replicantes de *Blade Runner* o la novia cadáver de **Tim Burton**.

Al menos desde **Nietzsche** sabemos que no todo era claridad en el cielo luminoso de Grecia, y desde entonces es habitual referirse a la dialéctica entre lo apolíneo y lo dionisiaco para caracterizar la cultura griega de un modo que explique su originalidad sin recurrir a esquemas ideales. Traducida por **Joaquín Chamorro** para **Akal**, la *Historia del Arte en la Antigüedad* de **Johann Joachim Winckelmann** es uno de esos libros por los que no pasa el tiempo, pese a que los dos siglos y medios transcurridos desde la edición original (Dresde, 1764) han modificado notablemente la interpretación esteticista del historiador neoclásico. Frente a esta visión elevada pero reductora, se alzan obras como las de **Walter Burkert**, de quien **Acantilado** ha dado a conocer *De Homero a los Magos* (2002), donde analizaba la tradición oriental en la cultura griega, y *La creación de lo sagrado* (2009), a los que se suma ahora —con traducción de **Luis Andrés Bredlow** y prólogo de **Glenn Most**— *El origen salvaje*, que arroja luz sobre los ritos de sacrificio y otros aspectos muy alejados de la "pureza ática". La pervivencia, siglos después, de oscuros mitos heredados de la época arcaica revela un trasfondo *bárbaro* que no se corresponde con la imagen estilizada de la Hélade como solar de la razón ilustrada.

Miembro distinguido de lo que ha dado en llamarse "el otro 27", **Edgar Neville** fue un alegre vividor, pero también un hombre de genio. Solo algunos de sus compañeros de generación, **Mihura** o el inmenso **Jardiel**, lo igualan en talento, lucidez y buen humor. Publicado por **Taurus** en 1957 e inencontrable desde hacía tiempo, *Mi España particular* es un título tardío y menos conocido que *Don Clorato de Potasa* (1929), pero la feliz reedición de **Reino de Cordelia** demuestra que el ingenio de Neville no tiene momentos bajos. Como "Un lujo de otro tiempo" define **Fernando R. Lafuente**, en su prólogo a esta "Guía arbitraria de los caminos turísticos y gastronómicos de España", la figura del orondo conde de Berlanga del Duero, que se desplaza en un Aston Martin y deja claro desde el principio su punto de vista: "Un turista sin dinero es un desgraciado". La *Guía*, impagable, ofrece el aliciente no pequeño de retratar un país muy distinto, recorrido justo antes del desarrollismo y la eclosión del turismo de masas.

Muchos asocian la imagen del seductor y enigmático Jay Gatsby, tal vez el mejor personaje de **Scott Fitzgerald**, a los imposibles trajes de **Redford** en un famoso filme que no supera a la novela homónima. Quienes aún no la hayan leído tienen ahora la oportunidad de acercarse a *El gran Gatsby* (1925) de la mano de **Justo Navarro**, que ya tradujo los *Cuentos* de Fitzgerald (**Alfaguara**, 1998; 2010) y acaba de publicar en **Anagrama** una excelente versión de su obra maestra. Su traducción se suma a otra reciente de **José Luis Piquero**, que también ha traducido —ambas en **Paréntesis**— *A este lado del paraíso* (1920). Pero la novedad más importante es sin duda el volumen de "ensayos autobiográficos" cuidadosamente preparado por **Yolanda Morató** para **Zut**, *Mi ciudad perdida*, un viejo proyecto de Fitzgerald que no fue aceptado por su editor, el gran **Maxwell Perkins**, y ve la luz por primera vez en castellano. ■

lecturas

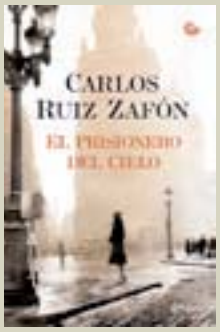
NARRATIVA, ENSAYO, CIENCIA, POESÍA, LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL, RESEÑAS BREVES

NARRATIVA

EL PRISIONERO DE MONTJUIC

ÁLVARO COLOMER

EL PRISIONERO DEL CIELO
Carlos Ruiz Zafón
Planeta
22,90 euros | 379 páginas

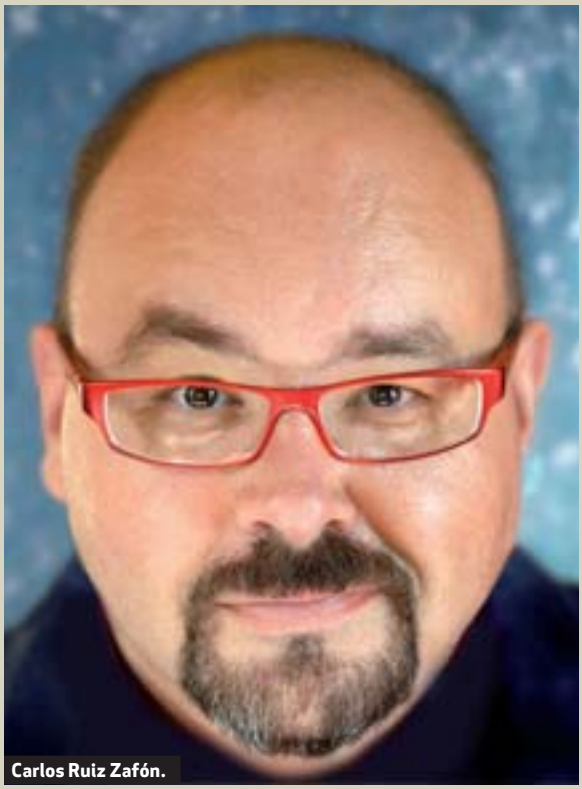


En cierta ocasión Noah Gordon, autor de no pocas novelas de éxito internacional, aseguró que nunca se había encontrado con tantos periodistas preguntándole cuál era la fórmula del *best-seller* como en España. Su respuesta, evidente: trabajo, trabajo y trabajo. No obstante, la insistencia de nuestros reporteros en la cuestión de marras permite dos deducciones: una, que demasiados periodistas ansían abandonar la profesión —cosa no tan extraña, a tenor de los tiempos que corren—, y dos, que predomina en ambientes intelectuales la idea un tanto mezquina de que se puede hacer literatura —buena o mala, no importa aquí— empleando trucos del almendruco. Pues bien: ahora ha aterrizado en las librerías *El prisionero del cielo*, novela de Carlos Ruiz Zafón que ofrece la solución a los desvelos de quienes andan obsesionados con encontrar la piedra filosofal del triunfo: tener una historia que llegue al corazón de la gente. Y punto.

Aunque *El prisionero del cielo* es la tercera parte de la llamada "Tetralogía del Cementerio de los Libros Olvidados" —cuya cuarta y última, según ha anunciado el autor, podría llegar en dos o tres años—, debe ser leída como una secuela cronológicamente inmediata a *La sombra del viento* (2001), siendo la segunda entrega, *El sueño del ángel* (2008), su "precuela". En esta ocasión se nos cuenta la historia de Fermín Romero de Torres, uno de los personajes más interesantes de la saga no solo por su vida un tanto canallesca, sino también por su enigmático pasado. La novela arranca en la Navidad de 1957, cuando un hombre con una mano de porcelana entra en la librería de los Sempere para comprar una edición de *El conde de Montecristo* y para pedir al tendero, Daniel Sempere, que se lo entregue al citado Fermín. Este hecho tan singular desencadena una serie de recuerdos que transportan al lector hasta una celda del Castillo de Montjuic en 1939. La prisión está bajo el control del retorcido Mauricio Valls, un letraherido de alma podrida que tiene bajo su yugo a un preso al que explota literariamente —el escritor de renombre David Martín—, a un ladrón que escondió el botín antes de ser detenido —Sebastián Salgado— y a un tercer hombre oculto tras una identidad falsa —Fermín. Con estos personajes compone Ruiz Zafón una novela de lectura fácil que explora los límites de la amistad y que altera la biografía de algunos personajes ya presentes en las entregas anteriores. De hecho, en la presentación del libro ante los medios de comunicación, el propio autor destacó que "desde el principio quise hacer una saga en la que cada nueva novela modificara la lectura de las anteriores". Dicho y hecho.

El prisionero del cielo es un cuento de Navidad que rinde no pocos homenajes a la novela decimonónica. Entre los renglones de cada párrafo pueden entreverse, como sombras entre palabras, las siluetas de Charles Dickens y Alejandro Dumas, además de otros clásicos quizá no tan evidentes a simple vista. Pero la novela también puede ser interpretada como un homenaje a un mundo editorial hoy en extinción: libreros de viejo, bibliotecas secretas, escritores malditos, letraheridos perversos… En un tercer nivel, habría que destacar el tributo rendido a Barcelona, que en esta ocasión no es tanto el decorado gótico y siniestro de las anteriores entregas como un personaje más de la historia. Así pues, Carlos Ruiz Zafón nos ofrece una tercera novela que, en lo tocante a calidad estilística, supera a sus predecesoras y que, en lo referente a su repercusión mediática, provocará otra oleada de periodistas preguntándose qué diablos hay que hacer para escribir un *best-seller*. ■

> LA TERCERA PARTE DE LA 'TETRALOGÍA DEL CEMENTERIO DE LOS LIBROS OLVIDADOS' ES UN CUENTO DE NAVIDAD QUE RINDE HOMENAJE A DICKENS Y A UN MUNDO EDITORIAL EN EXTINCIÓN


Carlos Ruiz Zafón.

Ricardo Martín

Henry Cartier-Bresson

El muro de Berlín, 1963.

CASI UNA ANTINOVELA

MARTA SANZ

DOS PUNTOS DE VISTA
Uwe Johnson
Traducción de Iván de los Ríos
Errata Naturae
19,90 euros | 264 páginas

Uwe Johnson formó parte del Grupo 47 junto a Böll, Grass, Enzensberger, Lenz o Bachmann. Practicó la "antinovela", un proyecto narrativo que huye de los elementos reconocibles del género quebrando las expectativas del lector. *Dos puntos de vista* es casi una antinovela donde la violencia de su desnuda propuesta retórica es la del mundo que retrata. No es manierismo, sino la única forma posible de mostrar "los síntomas de esta enfermedad llamada Muro de Berlín". Lo escribe Max Frisch y así se recoge en la portada de esta edición.

Una sola voz, que se manifiesta al final, hace converger a D., una enfermera de Alemania Oriental, y a B., un fotógrafo de Alemania Occidental. Con una prosa que se desliza sobre las personas y habla con vocación quirúrgica de las emociones, se retransmite imaginativamente la periferia de un romance. Cada ademán se hace incómodo, incluso incompatible con la pasión que se le supone al enamoramiento. Frío, miedo, hostilidad crean una historia sobre las líneas imaginarias y los muros de hormigón que separan territorios y personas, generando sentimientos de culpa y vergüenza. La grieta política sobredimensiona un episodio erótico que en otras circunstancias hubiera sido intrascendente y que, sin embargo, le da a B. la posibilidad de comportarse como un "casi" héroe. Pese a que ni siquiera es capaz de recordar el color de los ojos de D. El retrato de Alemania Occidental se encarna en B. y en él se subrayan los "defectos" del capitalismo: consumismo, falta de expectativas, alcohol, un sentimiento de culpa que se traduce en condescendencia. Y una cuestión que late soterradamente, manchando a cada habitante del mundo occidental: ¿en qué tipo de personas nos hemos convertido? *El honor perdido de Katherina Bloom* de Böll responde a esa misma inquietud: la vigilancia, el ahogo y la falta de libertades de los países comunistas asoman la patita por debajo de la puerta de un Oeste aparentemente confortable, pero injusto e hipócrita en su estructura profunda. Böll y Johnson nos abren los ojos con pinzas para que veamos que tampoco nosotros somos buenos.

> DESASOSEGANTE NOVELA QUE CUESTIONA LOS CONCEPTOS DE LIBERTAD, VIOLENCIA, AMOR, INDIVIDUO

Dos puntos de vista es, como todas las buenas novelas, una reflexión sobre la libertad. Sobre el enamoramiento como decisión más que como reacción química. Sobre si son posibles los buenos sentimientos o los sentimientos absolutos en periodos de carestía, rencor y mezquindad moral. Sobre cómo las pasiones se construyen ideológicamente y conforman una masa de razones exógenas que convierte las barreras en catalizadores del sentimiento amoroso y del ego como fantasía de una identidad propia. Vencidos y vencedores están enfermos y buscan excusas para su reconstrucción como seres

Uwe Johnson.

humanos. El egocentrismo de los amores difíciles, la necesidad de subrayar un yo maltrecho a través del amor, se cuestionan en *Dos puntos de vista* por el anonimato clandestino de unos nombres reducidos a inicial. Es la misma impersonalidad con que se dibuja una toponimia nebulosa del mapa de Alemania y el plano de Berlín. Pese a que exista un tajo bien delimitado. Una llaga lineal.

Esta novela habla de la escisión, de líneas que convergen y senderos que se bifurcan, fronteras imaginarias que se concretan en un alambre de espino; habla de lo que separa la hostilidad del amor, de lo que nos convierte en extranjeros, de la difusa línea de puntos que distingue la violencia de los periodos en calma. Habla de lo que nos lleva a cuestionar el significado de los conceptos abstractos: libertad, violencia, paz, amor, país, individuo. *Dos puntos de vista* es una novela bellísima, desasosegante, incómoda. ■

NARRATIVA

REFRENDO DE UNA TRAYECTORIA

SANTOS SANZ VILLANUEVA

EL LIBRO DE LAS HORAS CONTADAS
José María Merino
Alfaguara
17,50 euros | 209 páginas

El tópico sostiene que un autor siempre escribe el mismo libro. Algunos sí se repiten cuando la flojera lastra la creatividad. Otros demuestran la firmeza de convicciones seminales que atraviesan su obra entera. Es este el claro caso de José María Merino, quien ha forjado un mundo literario propio alrededor de unos motivos duraderos, si bien ahormados en enriquecedoras variantes y amplificaciones, algo evidente al recorrer su nutrido trabajo a lo largo de treinta y tantos años ya. Ahora, *El libro de las horas contadas* adquiere inequívoca y explícita dimensión de refrendo de su trayectoria porque tantos indicios remiten a su primera obra, *Novela de Andrés Choz*, que nos hallamos ante una auténtica reescritura.

MERINO APUESTA POR EL PAPEL DE LA FICCIÓN COMO MEDIO INSUSTITUIBLE PARA REELABORAR LA REALIDAD

La trama central tanto de la *opera prima* de 1976 como del nuevo libro se organiza alrededor de un escritor amenazado por una enfermedad grave o terminal que idea historias de extraterrestres implicadas en su propia vida. En esta anécdota o en los diversos materiales conexos con ella se van hilvanando los otros motivos característicos del autor coruñés desde los principios de su escritura: el sueño o la duermevela inquietantes, los imprecisos límites de realidad y fantasía, la cuestionable consistencia de la realidad, la sensación de despojamiento o de ocupación por alguien ajeno del cuerpo, la identidad o el doble. Más la ósmosis entre vida y literatura y persistentes reflexiones sobre la propia ficción y la literatura.

Esta constelación de ideas, sugerencias, sospechas y afirmaciones se muestra en una arquitectura narrativa peculiar, con semejante impulso de originalidad y libertad al de otras ocasiones anteriores. La polisemia del título apunta a la situación actual de Pedro y a su actividad como narrador. De ahí que el libro se configure como un mosaico en el que unas piezas proporcionan una novela *tout court* y otras una miscelánea de microrrelatos. Con ductilidad guadianesca, la novela que ocupa la línea principal contiene una cálida aproximación a las relaciones amistosas mediante las suspicacias surgidas en el triángulo sentimental formado por Pedro, su esposa Mónica y un común amigo desde la infancia, Fran. Como en Merino la realidad siempre es materia de ficción, y viceversa, esa historia, reconstruida de largo mediante los tentáculos de la memoria, da pie a fabulaciones de Pedro en las que la invención sirve para asediar la realidad.

Esta "novela de Pedro", por decirlo imitando al remoto Andrés Choz, la interrumpen media docena de bloques narrativos con plena autonomía que contienen medio centenar de piezas muy breves. Aunque podrían haber sido objeto de edición autónoma, englobadas en este recipiente mayor tienen el efecto enriquecedor de potenciar el conjunto. En virtud, primero, de su evidente confesión de fe en la fuerza intrínseca de los cuentos en la existencia humana. Y porque, además, se integran con plena naturalidad y virtualidad en el mundo de la novela mayor al apuntalar la creencia de Pedro de que "la literatura desvela las conductas, los sentimientos, las actitudes, que la realidad suele mantener ocultas, impenetrables, secretas". Abrazados relato largo y minirrelatos en un texto fragmentado pero unitario, *El libro de las horas contadas* es muestra de literatura exigente, a la vez cordial y culta, que apuesta, con creativa alerta formal libre de extravagancias, por ese papel de la ficción como medio insustituible para reelaborar la realidad y "hacerla inteligible, verosímil": aunque lo escuchamos a Pedro, quien habla es Merino. ■

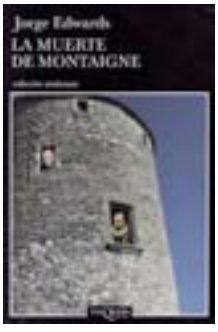
José María Merino.

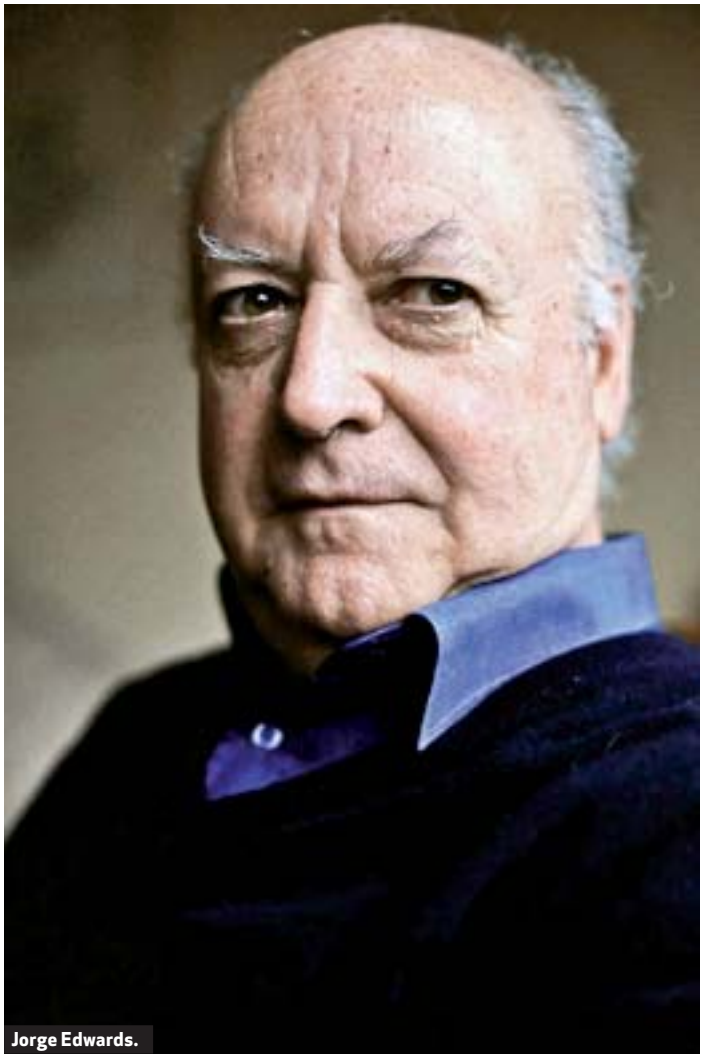
Ricardo Martín

CABEZA DE RUMIANTE

EDUARDO JORDÁ

LA MUERTE DE MONTAIGNE
Jorge Edwards
Tusquets
18,00 euros | 294 páginas




Henry Salomé

Jorge Edwards.

Era casi inevitable que Jorge Edwards dedicara una novela a la figura de Montaigne. He escrito "novela", porque ese es el nombre que se le da a este libro, pero *La muerte de Montaigne* es más bien un ensayo novelado, es decir, una obra de "técnica mixta" —por usar un término pictórico— que combina autobiografía, ensayo, crónica y ficción. En 1973, cuando Edwards publicó *Persona non grata* —el relato de sus pésimas experiencias como diplomático chileno en la Cuba de Fidel Castro—, él mismo definió su libro como "una novela sin ficción". Y ese es el género que mejor le sale a Edwards, como demostró en *El inútil de la familia* (2004), una "novela sin ficción" dedicada a su tío lejano, también escritor, Joaquín Edwards Bello.

Pero hay que tener cuidado con los conceptos. ¿No es la memoria una variante de la imaginación? Y al revés: ¿no es la imaginación una variante de la memoria? Y yendo más allá, ¿no es la novela, toda novela, un producto de la memoria? ¿Y no es la memoria, en esencia, una facultad fantasiosa y novelística? No sé lo que opinan los neurólogos —y los preceptistas de la literatura— sobre este asunto, pero sí sé que Jorge Edwards ha construido lo mejor de su obra fundiendo todos estos conceptos.

Las similitudes entre Montaigne y Edwards son evidentes. Los dos conciben la literatura como una forma civilizada —y también civil— de hablar de uno mismo. Los dos son grandes *causeurs* que aman la conversación y el *foie* y el vino, y también los paisajes suaves con viñedos y colinas (aunque parezca mentira, hay un curioso parecido paisajístico entre la Aquitania de Montaigne y los valles centrales del Chile de Edwards). Y los dos, además, han vivido unas mismas circunstancias políticas. A finales del siglo XVI, mientras las guerras de religión se extendían por Francia, Montaigne escribió en uno de sus *Ensayos*: "Fui traqueteado por todos; para el gibelino, era güelfo; y para el güelfo, gibelino". Y lo mismo le ha pasado a Edwards, quien ha suscitado desde hace muchos años los ataques por igual de la derecha y de la izquierda, cosa que por supuesto le honra.

> EDWARDS FUNDE MEMORIA E IMAGINACIÓN, CRÓNICA Y CONJETURA, EN ESTA HISTORIA CENTRADA EN LAS RELACIONES ENTRE EL VIEJO MONTAIGNE Y SU DÍSCIPULA MARIE DE GOURNAY

Pero lo más importante es que tanto Edwards como Montaigne comparten una misma forma de entender la literatura. "El señor de Montaigne tenía cabeza de rumiante", escribe Edwards, y todos sabemos que el propio Edwards también es así. Le gustan las digresiones, los rodeos, las indiscreciones. Le gusta pasear por la narración y desviarse del tema, y replantearse qué pasó en determinado momento, y volver atrás, y añadir páginas y páginas al manuscrito original, a la manera de una planta trepadora, igual que hizo Montaigne, igual que hizo Proust. Lo único que los diferencia, quizá, es que Jorge Edwards es un experto en hablar de sí mismo por persona interpuesta. Por temperamento, por pudor personal, por educación en una familia burguesa venida a menos, Edwards prefiere usar a otro personaje como pantalla para hablar de sí mismo. Así lo hizo en *Adiós, poeta* (1990), cuando contó sus largos años de amistad con Pablo Neruda. Y ya he citado *El inútil de la familia*, sobre su tío lejano Edwards Bello, que para mí es su mejor obra.

El punto de partida de *La muerte de Montaigne* es la investigación

sobre las relaciones que hubo entre el viejo Montaigne (tenía 55 años y le faltaba poco para morir) y su discípula y admiradora, la excepcional Marie de Gournay, que solo tenía 22 años. ¿Fue una relación amorosa? ¿Fue un simple amor platónico? ¿Fue una relación carnal? ¿O no pasó de la pasión intelectual, que a veces puede ser tan intensa como la carnal? Edwards se plantea todas las posibilidades y deja que nosotros mismos lleguemos a una conclusión. Pero este libro es mucho más que una simple conjetura sobre una relación de la que casi nada sabemos. "Todos miran hacia delante. Yo miro dentro de mí", escribió Montaigne. Y Edwards habla de Montaigne, por supuesto, y de su papel en las luchas de religión de su época, y de sus ideas como escritor, pero sobre todo habla de sí mismo. Y las mejores páginas de esta "novela" (y repito que novela es un término tan arbitrario como "ensayo") son las que Edwards, que ya ha cumplido los 80 años, dedica al cementerio marino del pequeño balneario de Zapallar, donde quiere ser enterrado. Uno, al leer esas páginas, siente un estremecimiento muy parecido al que debió de sentir el viejo Montaigne al conocer a

Marie de Gournay. Pero antes de que llegue la hora del último viaje a Zapallar, esperamos que Jorge Edwards siga escribiendo esas "novelas" que no son exactamente novelas, porque funden memoria e imaginación, crónica y conjetura, sin darle tregua a su poderosa cabeza de rumiante. Y por muchos años. ■

NARRATIVA

SOMBRAS DE OTROS

FERNANDO GARCÍA ROMÁN

LA GAVIOTA
Sándor Márai
Trad. de Mária Szijj y J.M. González Trevejo
Salamandra
15,00 euros | 192 páginas

En un Budapest decaído, donde nieva y las gaviotas errantes se posan sobre las láminas heladas del Danubio, un alto y solitario funcionario —ya maduro— redacta un texto que se hará público al día siguiente y podría cambiar la vida de la población entera, sumiéndola en la incertidumbre. Con este secreto y atmósfera de suspense ya formados, parte del habitual caldo narrativo en Sándor Márai, inesperadamente aparece una joven y bella finlandesa que llega recomendada para solicitarle trabajo y que le precipita de súbito a un pasado inquietante por la semejanza que tiene con una mujer a la que amó y que terminó suicidándose.

En *La gaviota* (*Sirály*, 1943) el lector se recrea de nuevo con la maestría del bisturí literario del gran escritor húngaro que una vez más desnuda el corazón de la vieja Europa, realiza una radiografía moral y social de la época y nos adentra con ironía y desencanto en los vericuetos y pliegues más delicados del interior humano. Márai, siempre dispuesto a abrir la herida con tacto y sin tapujos, nos propone a través de un juego con la pasión, la muerte y lo onírico que hay sombras de otras personas o reflejos de ellas; que acaso no seamos tan exclusivos en nuestras vivencias y que formamos parte de algo más que nuestra piel. Y como es habitual en sus libros, hace hincapié en que lo insólito y milagroso suceden de forma tan simple o cotidiana como la costumbre que nos aportan los objetos cercanos.

Como en la mayoría de sus obras, son dos únicos protagonistas quienes mantienen la trama de la novela con diálogos perfectamente encajados en las situaciones, y con los demás personajes siendo referentes indirectos, pero no por ello faltos de sustancia —incluso el más levemente sugerido, el ama de llaves, adquiere una muda y rara presencia, fugaz, inimitable. Gestos medidos, conversaciones pausadas y reflexivas ahondando hasta el más nimio de los detalles, y contrastando con algunas incógnitas sueltas: marca del estilo Márai que permite al lector resolver la insinuación (¿a quién llamará ella por teléfono casi al final de la trama?). A Márai le gusta que el lector se detenga, que piense, que resuelva, que participe. Si logró atraparle —parece proponer el mismo autor— desde la primera línea, embelesarle con su prosa envolvente, musical, tan seductora y sutil como honda, seguro que sabrá resolver el enigma difuminado que existe alrededor de la joven finlandesa, el funcionario, el vínculo con la mujer del pasado y el informe que ha redactado el protagonista.

Sándor Márai.

UNA VEZ MÁS, EL GRAN ESCRITOR HÚNGARO RADIOGRAFÍA EL CORAZÓN MORAL DE LA VIEJA EUROPA

Desde su gran destreza y honestidad narrativa entregada al servicio de las emociones, pasiones y enigmas del ser humano y con un lenguaje exquisito, profundo y cargado de reflexiones, Sándor Márai muestra sus cualidades filosóficas para trascender a lo más ligero; su habilidad dramática para realzar el deseado efecto, añadiendo poéticas pinceladas, siempre certeras, además de breves apuntes descriptivos para transformar el paisaje externo en un elemento más: nunca recargado en la creación de la atmósfera general que podría haberlo convertido en un maestro del género policiaco. No en balde en sus últimos meses de vida en San Diego, proyectaba una novela negra que nunca llegó a escribir. ■

Laura Freixas.

LOS VERANOS AQUELLOS

AMALIA BULNES

LOS OTROS SON MÁS FELICES
Laura Freixas
Destino
17,50 euros | 264 páginas

Estamos ante una novela en transformación. Podría decirse en evolución, contada casi como un proceso de creación pictórica, desde el esqueleto principal y el dibujo como base, y expandiéndose luego en el color, las formas y texturas que le darán su aspecto definitivo.

Los otros son más felices se muestra, al principio, como un cuadro costumbrista, si por esta etiqueta se entiende el retrato de la historia reciente de España desde el dibujo de sus escenas cotidianas y estampas rurales. Áurea, una joven de 14 años, madrileña de origen manchego, acostumbrados sus ojos a la grisura del interior de una España con las persianas echadas, aislada del exterior, queda deslumbrada y —a la postre, tocada de por vida— cuando su madre decide enviarla a la Costa Brava a pasar el verano a casa de unos parientes "ricos".

La novela se despliega con un luminoso costumbrismo mediterráneo: resplandeciente como esos cuadros de inmaculados niños tendidos al sol, y reflectante como sus mares cargados de plata. Tiene una temática paisajista, retratos y composiciones simbólicas de inspiración modernista —y parece que seguimos hablando de un cuadro—, como si Laura Freixas desempolvara en sus primeras páginas una vieja estampa de la Renaixença cultural de Cataluña, la bohemia de principios del siglo XX encarnada, medio siglo más tarde, en la familia Soley. Anfitriona de Áurea, esta casa representa a esa burguesía desapegada del provincianismo interior —incluso de Madrid—, de gustos extravagantes e interesada por la cultura.

Y a esta prosa luminista, de iniciación a la vida, secretos adolescentes y sábanas tendidas al sol con olor a lavanda, le sigue una segunda capa narrativa, con un tono de novela generacional, casi memorialística, donde se confunde a la propia autora con su protagonista, que mira al mundo con sus ojos nuevos al mismo tiempo que el país. Es esa novela urbana de la Transición española, una suerte de viaje iniciático que emprendieron muchos jóvenes solapando su instante vital con el momento histórico.

Aquí se intuyen, de nuevo, los temas sagrados de la narrativa de Laura Freixas, porque *Los otros son más felices* es, también, una novela con lectura política, a partir de pequeñas historias pero, sobre todo, del análisis de la condición femenina. La autora retoma el espíritu de algunos de sus libros anteriores, novelas como *Entre amigas* (1998) y la autobiografía *Adolescencia en Barcelona hacia 1970* (2007). A través de sus voces femeninas —con una ligera excepción en el personaje del señor Soley, que intenta mantenerse a flote en medio de un océano femenino—, la autora repasa los papeles de la mujer antes y después de la muerte de Franco, y lo hace adentrándose en todos los estratos: las criadas, el ama de casa instalada en la ciudad pero con raíces rurales —pertenecientes a una incipiente clase media—, las señoras de la alta burguesía , y las jóvenes, aspirantes a universitarias unas y a salir del servicio otras, rebeldes en su mayoría y, cada una, en la medida de sus posibilidades, firmes en su deseo de encontrar la felicidad.

> CON UN TONO DE CRÓNICA DIALOGADA Y VISIÓN PICTÓRICA, LAURA FREIXAS CONSTRUYE UNA HISTORIA ACERCA DE LA MEMORIA QUE ALBERGA UN ANÁLISIS SOBRE LA EVOLUCIÓN DEL PAPEL DE LA MUJER

Finalmente se va alambicando la prosa, enredada en una conversación de la que solo leemos una parte, la correspondiente a Áurea, la protagonista. Y es, ya en su recta final, un cuadro cercano al informalismo —justo en el momento en el que Áurea confiesa su deseo de dedicarse a la pintura—, movimiento al que España llegó tarde, al igual que la novela, que finaliza sin renunciar a su estilo sencillo y directo, pero que remata con una pincelada más suelta, hasta más gruesa, con diálogos imposibles, más libre y espontánea. ■

NARRATIVA

VIDAS DE PAREJA

ALEJANDRO LUQUE

PULSO
Julian Barnes
Traducción de Mauricio Bach
Anagrama
17,40 euros | 264 páginas

Maestro en el retrato de la clase media, a Julian Barnes parecen interesarle, más que sus discretos encantos, esos dramas de baja intensidad que salpimentan la vida cotidiana. Su último libro de relatos gira, una vez más, en torno a parejas mejor o peor avenidas. Pero, a diferencia de los enredos que alentaban títulos como *Antes de conocernos*, *Hablando del asunto* o *Amor, etcétera*, aquí la segura y confortable burbuja burguesa está sometida a otra clase de tensiones, ya sea la incomunicación, los deseos frustrados o el paso del tiempo.

Si, como confesaba en otro de sus libros, *El loro de Flaubert*, Barnes aprendió del padre de Madame Bovary que el estilo está siempre en función del tema, en *Pulso* la misma naturaleza de las historias —una camarera extranjera que esconde un turbio secreto, dos escritoras unidas por una relación de amor/odio, un matrimonio enfrentado a causa de la jardinería, un marido en crisis que se mira en el espejo de sus padres…— parece imponer un estilo elegante y sobrio. Se agradece mucho que el autor no pretenda pasarse de gracioso ni demostrar en cada línea lo inteligente que es —y ya subrayó Monterroso que hay que ser muy inteligente para lograr tal cosa—, que no soliviante al lector con florituras ni trate de asombrarle a toda costa. Por su perfección formal, cualquiera de los relatos de *Pulso* serviría para ilustrar esos talleres de escritura creativa que tanto proliferan hoy. No obstante, se trata de un conjunto que va de menos a más, empezando por una historia más bien liviana en contra de sus pretensiones, como es "Viento del Este", y que poco a poco toma vuelo hasta culminar en el relato que le da título. En ese *crescendo* de intensidad e interés, que encuentra un significativo escalón entre la primera y la segunda parte, brilla más la habilidad de Barnes para sortear escollos que su probada capacidad para hacer diana. Los propios personajes parecen también avenirse a esa suerte de virtud por defecto. Aunque el fracaso parece un denominador común en casi todos, este queda rebajado en su graduación, difuminado bajo la forma de meros objetivos no cumplidos. Asimismo, Barnes no permite grandes excesos emocionales en su territorio, y deja que pesen más las cosas que no se dicen que las palabras efectivamente pronunciadas, como es propio de los tan traídos y llevados asuntos del amor y el desamor. Menos convincentes se antojan los episodios que desliza entre un relato y otro bajo el título común de "En casa de Phil y Joanna": desenfadados diálogos de sobremesa sobre temas recurrentes (la crisis, el tabaco, el sexo y el amor, la política) intercalados a la manera de entremeses que alivien la carga dramática del resto del libro. En ellos, el autor despliega un notable ingenio en la construcción de diálogos. Pero para eso tal vez ya están, y lo hacen muy bien, los guionistas de la Paramount Comedy. Para encontrar la chispa que hace de Julian Barnes un narrador con mayúsculas, uno de los más dotados de la Europa actual, hay que recorrer el camino completo y llegar hasta piezas como "Armonía", "Carcasona" o "Pulso", más complejas que las precedentes, algunas contaminadas de ese sutil tono ensayístico donde tan bien se desenvuelve el autor, y sin duda más llenas de vida e inspiración.

Habrá quien siga prefiriendo al gran novelista que es Barnes, pero ya lo dijo él mismo hablando de Renard: "¿Quieres una destilería o un río? ¿La vida en forma de unas cuantas gotas de licor fuerte, o de un litro de sidra normanda? El lector decide". ■

> LA INCOMUNICACIÓN, LOS FRACASOS, LOS SUEÑOS, LAS DEBILIDADES DE LA CLASE MEDIA, SON EL DENOMINADOR COMÚN DE ESTOS CUENTOS DE ELEGANTE IRONÍA

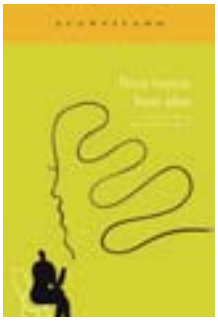
Julian Barnes.

NARRATIVA

SECRETOS DE LA FELICIDAD

GUILLERMO BUSUTIL

SIETE AÑOS
Peter Stamm
Trad. de José Aníbal Campos
Acantilado
20,00 euros | 262 páginas



El mundo de Peter Stamm (Weinfelden, 1963) se parece mucho al cine de Bergman. Su escritura tiene la limpieza de imágenes del director, el ritmo lento y psicológico de la trama, la maestría para desnudar el recorrido íntimo que hacen los personajes hacia sí mismos y esos finales en los que los protagonistas comprenden los vacíos, la desolación de su propia realidad. Una puesta en escena y una literatura que coinciden en las novelas *Agnes* y *Tal día como hoy* y en el libro de relatos *En jardines ajenos*. Y como no podía ser de otro modo también está presente en *Siete años*, en cuyas páginas Stamm hace una radiografía sobria y concisa sobre los secretos de la felicidad aparente, ocultos por el miedo a estar solos, a aceptar como una derrota la imposibilidad de alcanzar una relación perfecta. La historia también es un retrato impresionista del europeo medio, de clase media, de mediana edad, enfrentado al fracaso de sus valores y víctima de una vida tecnificada e insatisfecha dominada por la alienación y la constante persecución del éxito.

> STAMM INDAGA EN LA COMPLEJIDAD E IMPERFECCIÓN DE LAS RELACIONES DE PAREJA Y PLANTEA LA PREGUNTA DE CÓMO VIVO Y CÓMO QUIERO VIVIR

Estos temas los explora Stamm a través de un triángulo amoroso compuesto por un matrimonio de arquitectos (Alex, un hombre de éxito que huye de las responsabilidades y de su modelo estético y Sonja, la esposa culta, inconformista, atraída por la obra de Le Corbusier, cuya frialdad estética simboliza la manera de ser de la mujer) e Ivona, la amante inmigrante, primitiva, que solo tiene su amor incondicional como seña de identidad. Este triángulo se mantiene durante siete años y termina cuando nace la hija de Ivona y el matrimonio la adopta ante la renuncia que hace la madre como una prueba de amor representada igualmente por la capacidad de esperar al arquitecto, quien busca resolver en su relación con la inmigrante el complejo social y la ansiedad que sufre y que tienen su origen en las exigencias de Sonja, acordes a la imagen mental que alberga de él. La infidelidad es tratada por el escritor suizo como una forma de liberación, de búsqueda de la felicidad y del equilibrio que ninguno de los tres personajes encuentra en la rutina confortable y en los pactos a los que están apegadas sus vidas. Las mismas que tendrán que hacer frente a la crisis económica que arruina su estudio profesional y los obliga a reencontrar la creatividad, a rescatar del pasado los ideales de su trabajo y las posibilidades que hubiesen podido tener de no haberse casado. Estos factores terminan sacando a la superficie los auténticos sentimientos de cada uno, con los que el autor propone un debate moral en torno al deseo, el rechazo, la inmadurez, la posesión, la diferencia entre los anhelos vitales, los prejuicios, la incomunicación, el fin de la familia tradicional, la culpa y el perdón.

Peter Stamm.

La novela, construida desde la primera persona de Alex que cuenta la historia a una antigua amiga de la pareja a modo de catarsis que estalla en el presente, alude al pasaje bíblico de Jacob, Raquel y Lea, la mujer a la que el patriarca hebreo desposa por equivocación y a la que, después de siete años de duro trabajo, abandona para casarse con Raquel, su verdadero amor. Con el reflejo de este relato, Peter Stamm ha escrito una excelente novela sobre gente normal, enmarcada en la realidad actual, acerca de unas vidas sin épica pero con una profundidad emocional que indaga en la complejidad de las relaciones y plantea la pregunta final de ¿cómo vivo y cómo quiero vivir? ■

J.M. Vasconcelos.

UNA 'BILDUNGSROMAN' CARIOCA

EVA DÍAZ PÉREZ

MI PLANTA DE NARANJA LIMA
José Mauro de Vasconcelos
Trad. de Carlos Manzano
Libros del Asteroide
13,95 euros | 208 páginas

Un niño que quiere ser poeta, llevar corbata de lazo, que se abraza amargamente a un árbol al que le confiesa tristezas, que vagabundea por las calles del barrio carioca de Bangú, que es golpeado por sus travesuras y que protagoniza una historia de amistad auténtica. *Mi planta de naranja lima*, de José Mauro de Vasconcelos (1920-1984), se publicó en el año 1968 y desde entonces se ha convertido en una novela de referencia de la literatura brasileña contemporánea.

Perteneciente a la serie de títulos en los que Vasconcelos describió su propia vida, en un hermoso y liberador ejercicio de autoficción, la obra narra su infancia de niño pobre, hijo de madre indígena y padre portugués, que vive casi en la indigencia, en una casa pintada de miseria y en la que se cenaba "la misma tristeza en pedazos".

Zezé, el niño protagonista que es trasunto del propio Vasconcelos, tiene cinco años y quiere ser poeta, llevar corbata de lazo. Callejea por el barrio, sorprende con su imaginación a la profesora, se hace amigo de cantantes callejeros —episodio en el que Vasconcelos evoca el rico cancionero popular brasileño— y de un adulto —el Portugués, dueño del coche más hermoso de todo el barrio— con el que comparte una amistad hermosa, noble y auténtica.

Mi planta de naranja lima es una novela sobre la amistad, como demuestra Zezé en los diálogos y en las confesiones con el árbol que descubre junto a la miserable casa a la que se ha trasladado la familia por falta de dinero. Zezé se hace amigo de Minguinho —el arbolito de naranja lima— que "cuando lo quiero mucho, lo llamo Xururuca". Esa extraña y entrañable historia de amistad sobrevuela toda la novela, que es sobre todo una *bildungsroman*, una novela de formación, de aprendizaje, una obra ejemplar que crea tiernas complicidades con el lector.

Sin embargo, *Mi planta de naranja lima* no es solo un retrato tierno, una amable historia iniciática. La vida de Zezé está llena de violencia, recibe palizas de su familia que están a punto de matarlo, pasa hambre, recorre las amargas calles de un barrio sin futuro. De hecho, la novela bascula entre el horror y la ternura de forma prodigiosa. Vasconcelos no se recrea de forma morbosa en su pasado dickensiano —en clave brasileña, claro—, no cae en estampas maniqueas como cuando aparece su querido padre, en ocasiones héroe admirado y otras símbolo del fracaso, un hombre sin trabajo, incapaz de llevar dinero a su familia y una mirada que no puede disimular la derrota.

> HERMOSA NOVELA AUTOBIOGRÁFICA QUE TIENE A LA INFANCIA COMO PROTAGANISTA Y ES UN DOCUMENTO SOCIAL SOBRE EL BRASIL DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

El autor de *Banana brava, Rosinha mi canoa, Corazón de vidrio, El velero de cristal* o *Vamos a calentar el sol* ofrece un contenido ejercicio de prosa literaria, una confesión, su retrato de niño triste y feliz a medias. Vasconcelos, que trabajó como entrenador de boxeadores, bracero en una hacienda, pescador o camarero, fue un ejemplo de escritor comprometido como, por ejemplo, reveló con su interés por los indios, los *garimpeiros*, los trabajadores de las haciendas.

Además de una hermosa novela autobiográfica sobre la infancia, *Mi planta de naranja lima* es un documento social sobre el Brasil de las primeras décadas del siglo XX. Como apunta Vasconcelos sobre el barrio de Bangú, donde se desarrolla la historia de su vida: "En nuestra calle había épocas para todo: la de las canicas, la del peón, la de coleccionar cromos de artistas de cine y la de las cometas, la más bonita de todas". ■

breves
FICCIÓN

Pasaje de lágrima

Abdourahman A. Waberi | Trad. Rosa Roca y Joan Merino | Baile del Sol
162 páginas, 12,00 euros

Jibil es contratado por una agencia de información americana para que vuelva a Yibuti y compruebe la estabilidad de su país, situado en el cuerno de África y rico en minas de uranio. Un hombre, encarcelado en una isla y que encarna el fundamentalismo islámico, se enterará de su regreso y lo perseguirá a través de un peligroso viaje en el que el protagonista ha de enfrentarse a las heridas de su pasado. ■

LA REBELIÓN DEL CUENTO

TINO PERTIERRA

LOS ENSIMISMADOS
Paul Viejo
Páginas de Espuma
14,00 euros | 136 páginas

El cuento como "alma" arrojadiza. Costuras puestas a prueba para que la tensión no decaiga y la intención se arrastre entre líneas alambradas. Nada es lo que parece en *Los ensimismados* aunque haya momentos en los que se proyecten imágenes compinchadas con la memoria colectiva y se llegue a palpar en las páginas la cámara lenta con la que un Sam Peckinpah o un Arthur Penn ponían a sudar y sangrar y llorar la pantalla. Deja este libro habitado por acentos de barras y estrellas caídas un rastro de polvo y sudor, de cuentos rebeldes por una buena causa que buscan su camino para llegar a alguna parte, de palabras que viven fuera de sí mismas para encontrarse sentido, de escopetas que tienen la responsabilidad de matar o dar vida a una historia. Bang, bang. Un libro de prosa cuajada como esa nieve que entierra y quema vidas y muertes. Las historias de siempre contadas como si fuera la primera vez, con el valor de quien sabe añadir una mirada distinta a mundos distantes. Por las páginas de Viejo huyen dos fugitivos con el calendario truncado. Atracos febriles narrados con pulso amartillado. Huidas en dirección al abismo. Plomo caliente y miradas frías. Hay coches teledirigidos que invocan una tristeza infinita, o tal vez podamos llamarla nostalgia, o impotencia, de eso sabía mucho el James Dean que se retorcía al abrirse *Rebelde sin causa*. Antes era todo más fácil, leemos, y los mañanas se dan de bruces contra "El Esquinazo". El peso del tiempo está ahí, agazapado en cada relato. Ya nada es como antes.

Paul Viejo.
Daniel Mordzinski

Lo sabe Viejo y se lo cuenta a sus personajes, porque este es un libro de propiedad extraña, son las criaturas de ficción las que parecen crear a su autor, hartos de vivir en laberintos sin salida, mendigos de sueños bajo las farolas que se apagan, iluminados por los años que pasan. Hay noches tranquilas e historias intranquilas que invitan al desasosiego.

Decir que estamos ante un libro de cuentos sería rácano. Es mucho más. Viejo sigue el rastro de Caperucita roja y de los lobos

UN 'THRILLER' DE LA GLOBALIZACIÓN

FRANCISCO MORALES LOMAS

PROYECTO ZOORAMA
Andrés J. Reina
Paréntesis
15,00 euros | 292 páginas

Una historia de intriga llama a las puertas de un lector posmoderno que se ve inmerso en un descubrimiento inicial: "Un hombre murió entre mis brazos", dice el personaje Leonardo Rey. A partir de aquí el ritmo ágil y la vertiginosa acción se adueñan de este *thriller* que aúna todas las esencias del género: los *cliffhangers*, una historia consistente, un protagonista sacado de una novela de la generación beat (abogado reputado, borracho y cocainómano) y un misterio sustentado en el proyecto Zoorama (¿una empresa que facilita el cambio de identidad?, ¿una red clandestina antisistema?) que mueve el suspense, la huida y la búsqueda continua del protagonista, la acumulación de situaciones y el conflicto de los personajes que no muestran del todo sus rostros, como el enigmático Eiko, ni la verdadera naturaleza del vínculo con Leonardo Rey, al que le arruinan la vida. La estructura de capítulos breves con imágenes atomizadas y raudas permite la agilidad narrativa de la trama psicológica en torno a los intereses de los personajes y al viaje que pespunta esta novela, que transita por diferentes ciudades y convierte a Málaga en el espacio novelesco de una historia donde se ahonda en el concepto de la máscara personal y social y en los efectos de la globalización.

> LA ESTRUCTURA DE CAPÍTULOS BREVES CON IMÁGENES RAUDAS PERMITE LA AGILIDAD NARRATIVA DE UNA TRAMA PSICOLÓGICA QUE CONVIERTE A MÁLAGA EN EL ESPACIO NOVELESCO DE LA HISTORIA

El narrador, Andrés J. Reina, posee recursos para la narración y la aventura detectivesca en este *Proyecto Zoorama* que aspira al esparcimiento no exento de crítica y a la inmersión en un mundo cerrado y agónico, contundente tras ese proyecto que se va poco a poco deshilvanando y diluyendo en el magma narrativo hasta resolverse en un final abierto. ■

que bajan a la ciudad y olfatean nuestros miedos. Deja espacio para los malos tragos y esos accidentes cotidianos que marcan una época feliz que se acaba. Ordena un inventario de perplejidades que habría encantado al desencantado Scott Fitzgerald y desordena los esquemas del lector con cuentos para no dormir, sueños americanos convertidos en pesadillas, atenazados por papeles y noches en blanco. Y, de repente, un fogonazo de dolorosa melancolía y quebrado lirismo: "Marta en al

VIEJO HACE UNA REVISIÓN DEL ARTE DE NARRAR EN ESTOS CUENTOS DE LABERINTOS SIN SALIDA EN LOS QUE DIALOGA DE TÚ A TÚ CON EL LECTOR

andén". El cuento como materia, espacio, tiempo. Eso leemos cuando Viejo escribe su (re)visión del arte de narrar. Por eso sus personajes son conscientes de ser prisioneros de un cuento. Cuentos ensimismados en sus propios misterios que hablan de tú a tú al lector y dan libertad absoluta a las palabras para que tomen el control y liberen a los personajes y confundan a los narradores y corrijan la ficción para que diga la verdad.

Los ensimismados no se queda en tierra de nadie, no le basta con cumplir de forma pulcra y aplicada las normas de estilo para amarrar un puñado de buenas historias y merecer tibios aplausos. Viejo toma riesgos, o los riesgos lo toman a él. Cada cuento es un desafío a la inteligencia, un atraco al banco de ideas bien engrasadas, una huida de los lugares comunes, un revolcón a los códigos de la trampa literaria. Bang, bang. Este Viejo tiene muy buena puntería y le sobra munición porque no la malgasta con juegos artificiales de contador trilero. Ponga su libro en un cartel de SE BUSCA. Le espera una suculenta recompensa. ■

NARRATIVA

MORBO NIPÓN

LUIS ALBERTO DE CUENCA

TATUAJE
Junichiro Tanizaki
Trad. de Naoko Kuzano y Alicia Mariño
Prólogo de Alicia Mariño
Rey Lear
19,00 euros | 72 páginas

Por fin tenemos algo del gran Junichiro Tanizaki (1886-1965) traducido directamente del japonés. Ha llevado a cabo la tarea Naoko Kuzano, y Alicia Mariño se ha encargado de trasladar la versión literal a otra igual de fiel, pero elegantísima, en lengua castellana, además de redactar unos folios introductorios que valen su peso en oro. De esa manera, podemos disfrutar por primera vez del estilo de Tanizaki, de su manera de narrar, desde primera fila en el patio de butacas, sin molestos intermediarios ingleses. El texto escogido es, además, uno de los más bellos que salieron de la pluma del escritor nipón: *Shisei* (1910). Las traductoras han optado por traducirlo como *Tatuaje*, acaso recordando la canción de puerto inmortalizada por doña Concha Piquer.

Sin dejar de ser una obra de juventud —Tanizaki tenía poco más de veinte años cuando la escribió—, *Tatuaje* es, como dice Alicia Mariño en su introducción, "una auténtica obra maestra". Lo es por la singularidad del argumento, por el tratamiento de los personajes, por la atmósfera de refinado erotismo que los envuelve, por la genialidad de su desenlace. Todos los ingredientes del cóctel literario tanizakiano están presentes ya en esa pequeña maravilla que es *Tatuaje*: delicadeza, profundidad, espíritu transgresor. Ambientado en el periodo Tokugawa, que se inició a comienzos de nuestro siglo XVII y que se prolongaría hasta los albores de la llamada era Meiji (1868), el relato está protagonizado por Seikichi, un experto tatuador con ribetes de sádico y una joven bellísima sin nombre, de cuyos pies, apenas entrevistos asomando por las cortinillas de un palanquín, se enamora el protagonista. De la relación que va a irse fraguando entre los dos nada diré, pues el lector ha de descubrirla por sí solo.

El festín bibliográfico que supone *Tatuaje* como cuento de Tanizaki maravillosamente vertido al español se ve realzado y corroborado en su capacidad de engendrar belleza por una serie de ilustraciones del gran pintor Manuel Alcorlo, que nos va contando en arrebatadoras imágenes a todo color la historia del tatuador Seikichi y de la hermosa desconocida. La aportación icónica de Alcorlo convierte el cuento de Tanizaki en un objeto deseable por sí mismo, al margen de su precioso contenido. La editorial Rey Lear ha sabido revestir *Tatuaje* del esquema formal adecuado —excelente papel, márgenes generosos, pasta dura, limpieza inmaculada de erratas— para ofrecer al comprador un libro hecho con el amor y exquisitez con que se hacían antes —por ejemplo, en la Francia de la primera mitad del siglo XX— los libros ilustrados.

Junichiro Tanizaki.

UNA OBRA MAESTRA POR LA SINGULARIDAD DEL ARGUMENTO Y LA ATMÓSFERA DE REFINADO EROTISMO QUE ENVUELVE A LOS PERSONAJES

Allá en el fondo de *Tatuaje* está, cómo no, la literatura japonesa previa a Tanizaki. Alicia Mariño nos cuenta, por ejemplo, cómo nuestro autor versionó en japonés moderno *La historia de Genji* (siglo X), la obra inmortal de la señora Murasaki. Pero junto a esa tradición existe otra, igual de importante en la configuración de la narrativa tanizakiana: la tradición del cuento fantástico francés, desde Villiers de l'Isle-Adam y Maupassant hasta Louÿs y Lorrain, con los anglosajones Edgar Poe y Oscar Wilde como chambelanes del festejo. ■

NARRATIVA

LOS PELIGROS DE LA INDEPENDENCIA

BRAULIO ORTIZ POOLE

LAZOS DE HUMO
María Iglesias
Temas de Hoy
22,50 euros | 640 páginas

Al principio de *Lazos de humo*, uno de los personajes desvela un secreto de la familia, cuenta la voz de la narradora, "como un anticipo de la herencia", porque "las historias que no se cuentan se marchitan". Esa atención por el legado de experiencias que nos preceden, y la percepción de la literatura como un fuego que aviva los relatos que conforman nuestras raíces, son en realidad los motivos por los que la sevillana María Iglesias ha abordado esta obra, su debut en la novela: para evitar que una asombrosa peripecia que conocía, a la que le unen vínculos sentimentales que precisará al final del libro, languideciera en los tristes terrenos del olvido.

Lazos de humo reconstruye la vida de Germán Díaz, un hombre que dejó atrás junto a su padre, en la infancia, el paisaje que lo vio nacer, la aldea de Pechón, en Cantabria, para crecer como carbonero en Cádiz, y, más tarde, conseguir finalizar los estudios de Derecho debido a su inteligencia y su determinación para ejercer como abogado en Sevilla. Un ambicioso viaje desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la barbarie de la Guerra Civil que Iglesias traza con oficio, en un trayecto siempre ameno y con momentos verdaderamente emocionantes. La escritora se solidariza con los desheredados de un tiempo terrible, una época de miseria y desdicha que describe de manera sobria, cuyo desgarro consigue transmitir al lector con episodios concretos —la historia de una niña fulminada por un rayo o el desolador periplo de aquellos que buscaron progresar en América y volvieron condenados por la enfermedad—, pero la fuerza del conjunto radica en que evita el maniqueísmo en que podía haber caído su reivindicación y perfila a su protagonista no solo con las nobles aspiraciones que lo mueven, también con sus sombras y sus limitaciones. A pesar de sus avances, Germán es un hombre en muchas cuestiones a la deriva, torturado por las dudas y los temores, incapaz de amar a una hermanastra en cuyo rostro advierte la traición de su padre al fantasma de su mujer muerta, esquivo también con una esposa con la que se ha casado por seguir los dictados de la costumbre; su ascenso también estará lleno de trampas, retrocesos y difíciles peajes. Esos detalles hacen verosímiles, alejándolas del discurso bienintencionado y pobre, las firmes convicciones morales que Germán aprendería de Eliseo, un periodista que se preocupa de su educación. Iglesias sabe desarrollar personajes atractivos: el reportero es una de las creaciones más logradas de la novela junto a dos mujeres, Elvira, una escritora que subsiste gracias a las letras de canciones *picantes* para espectáculos de variedades y que ha elegido ser libre en una época donde la emancipación de la mujer alcanza casi el rango de fantasía, y Aurelia, la joven a la que amará Germán, la única presencia femenina en las clases de Derecho y alguien que también tomará decisiones contradictorias en su vida.

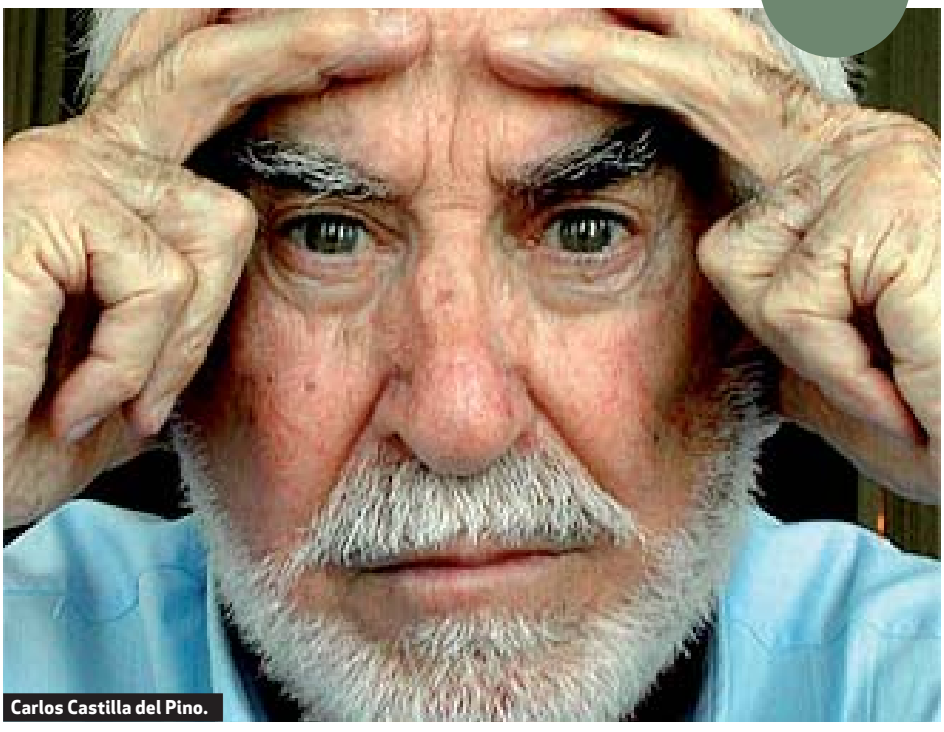
Lazos de humo propone asimismo una reflexión sobre los peligros de la independencia y los incómodos vínculos entre el poder y la justicia. Germán acabará viendo compensada su tenacidad y su lucha por las causas justas, aunque su victoria será amarga: quien le otorgará la razón será "el peor Estado criminal imaginado", un tribunal del régimen de Franco. Pero a pesar de esa conclusión amarga, en la memoria del lector aún resonará el mensaje optimista de Eliseo, esa "fe laica suya, en el derecho, en la educación, en la intrínseca bondad humana, en la capacidad de progresar, en la radical igualdad". ■

> CON MANERAS SOBRIAS Y UN FONDO OPTIMISTA, IGLESIAS PROPONE UNA MIRADA SOBRE LOS INCÓMODOS VÍNCULOS ENTRE EL PODER Y LA JUSTICIA

María Iglesias.

Santi Burgos

ENSAYO


Carlos Castilla del Pino.

PRONTUARIO MORAL

JUSTO SERNA

AFLORISMOS. PENSAMIENTOS PÓSTUMOS
Carlos Castilla del Pino
Tusquets
13,50 euros | 192 páginas

Los académicos y los investigadores cultivan distintos géneros de escritura: desde la monografía hasta el tratado doctrinal; desde el ensayo hasta el artículo de divulgación. Esos textos forman parte de sus modos de producción y de exposición y se relacionan con sus materias, con los objetos que abordan.

Más raros o infrecuentes son los libros de aforismos, los antiguos florilegios: lo normal es que estos volúmenes no detallen los temas que los eruditos estudian, sino asuntos más graves o livianos, según: la existencia, la muerte, los temores, los deseos. El aforismo es una glosa breve, un comentario acerca del mundo, acerca de la moral, las normas y el ánimo. Es un resto de vida, una emoción o un pensamiento que el autor tuvo en un rapto de lucidez o tras una larga elaboración. Su escritura no es transparente ni transitiva: el autor atrae la atención sobre su forma de expresión, sobre lo que dice y sobre la manera en que dice lo que dice. El aforismo es, además, una formulación sentenciosa en la que se recogen una observación y una incertidumbre, las reglas de que se sirve el escritor y las contradicciones en las que incurre. Por lo común está enunciando en primera persona, pero quien habla se expresa universalmente, provocando la perplejidad y la cooperación del lector.

A ese género ya antiguo y prestigioso pertenece *Aflorismos*, de Carlos Castilla del Pino (1922-2009). El psiquiatra español fue un humanista, un lector voraz y un estudioso de las artes, de las ciencias, de las letras. Su saber cruzado se sedimentó y estos aflorismos, estos pensamientos póstumos son su condensación o quintaesencia.

Como su propio título indica y sugiere, es este un volumen de aforismos, justamente: de consideraciones sentenciosas. Son las apostillas que precisamente afloran al contemplar la realidad circundante o interior, cláusulas afortunadas, expresiones redondas o rotundas: eso que segrega una inteligencia observadora, como fue la de Castilla del Pino.

"Se recogen aquí casi la totalidad de los aflorismos que escribió entre los años 2003 y 2009, y que dejó en un archivo informático aparte y dispuesto para su publicación", dice Celia Fernández Prieto en la presentación de este libro. Son perlas, eso que segrega el roce o el cuerpo extraño. Y son píldoras reflexivas, eso que tonifica o alivia. La lectura de esta obra, de principio a fin o a salto de mata, revela toda una personalidad: la lucidez y la bondad disfrazadas de mal genio, esa prosa de un ingenioso cascarrabias que no acepta la tontería arrogante. La lucidez y la bondad de quien celebra la autoestima, el amor propio, el coraje de ser uno mismo.

La escritura es aquí un acto de afirmación personal y de tanteo. Es también un mensaje lanzado:

> LA LECTURA DE ESTA OBRA REVELA LA LUCIDEZ Y LA BONDAD DE QUIEN CELEBRA LA AUTOESTIMA, EL AMOR PROPIO, EL CORAJE DE SER UNO MISMO. LA ESCRITURA ES AQUÍ UN ACTO SE AFIRMACIÓN PERSONAL Y DE TANTEO

con la brevedad del náufrago. No es la ayuda que alguien pide, sino el socorro que él mismo presta a quien quiera servirse. Tras una vida de asistencias, de atenciones, de tratamientos, el psiquiatra abrevia y condensa el saber acumulado, aprendido, experimentado. Así, el volumen puede leerse como lo que efectivamente es: un prontuario de primeros auxilios. Y en un libro de estas características deben primar el sentido común, la razón empírica y el manejo práctico: vamos a morir, no te tortures; disfruta de la vida con hedonismo austero y sin conformarte. ¿Para pedir más, para consumir más? No, para exigirte moral, para exigirte mejor. ■

ENSAYO

UN HOMBRE ESCRIBE

HÉCTOR MÁRQUEZ

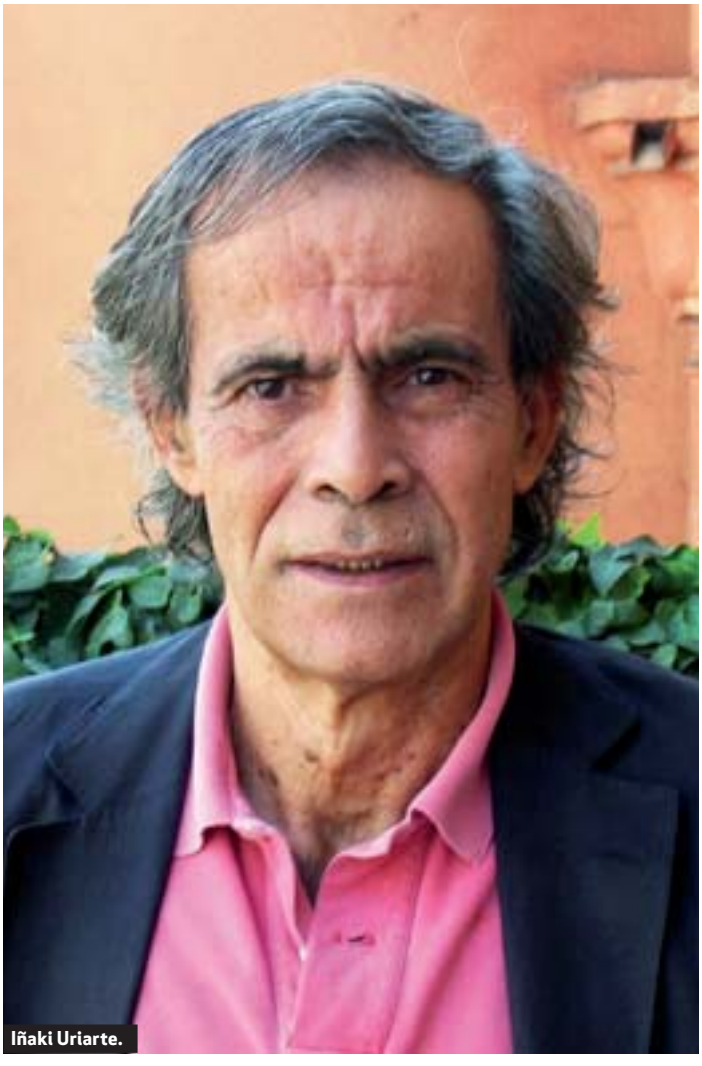
DIARIOS (VOL. II: 2004-2007)
Iñaki Uriarte
Pepitas de calabaza
15,00 euros | 197 páginas

Confieso que hasta hace poco, casi nada conocía de Iñaki Uriarte: que es crítico literario, nació en Nueva York en 1946, vive en Bilbao y aborrece nacionalismos y creencias. Que es un hombre que vivió la vida loca de joven, y que, sobre todo, ha leído. Mucho y bien aprovechado. Que tras una vida ágrafa como autor ha publicado en un año dos libros de diarios, comentarios, anécdotas, reflexiones y aforismos en una editorial de nombre espléndido y lema vibrante: Pepitas de calabaza, "una editorial con menos proyección que un Cinexin, pero muchas más luces". Que el primero de ellos fue celebrado por escritores de la talla de Muñoz Molina, Trapiello o Vila-Matas, y ganó los premios Euskadi de ensayo y Tigre Juan. Ahora, tras beberme de un tirón al Iñaki Uriarte que escribe para no perder la memoria de los días, descubro que no se considera escritor y es un hombre de fina inteligencia y enorme sentido común. Que ha logrado vivir sin hacer ninguna de esas cosas que la mayoría considera productivas, y que, al cabo, sabe, como buen curioso ontológico, que un hombre puede aspirar, como mucho, a reconocerse en lo poquísimo que sabe.

Lo cierto es que estos diarios llenos de memorias personales, de crónicas de sus viajes a Benidorm, de instantáneas cotidianas alrededor de su amado gato Borges o su mujer, María; de reflexiones al socaire de hechos políticos o críticas literarias, de lecturas, lecturas y más lecturas; de cotilleos de personajes de la política, las letras o la cultura españolas, algunos citados expresamente, otros señalados con una letra incógnita o de aforismos en el más puro estilo gracianesco, son una auténtica delicia. Y lo son porque están escritos bajo un criterio impecable: son corregidos por el autor, dice, con unas copas de más hasta que puedan disfrutarse sin pérdidas de orientación. Y lo son porque revelan a un ser humano que está hecho de la materia de lo que más ama: los libros que ha leído, su sentido (auto)crítico y su capacidad de observación.

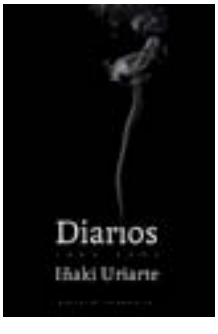
Lo más extraordinario de Uriarte es que su modestia está fundamentada: no es escritor porque ni escribe como los autores que admira, ni quiere hacer nada de lo que se supone que hacen hoy los escritores, máquinas de vanidad que dedican tanto tiempo y energía a su visibilidad que acaban apartándose de su función. Pero no se engañen: este escritor que no se atreve a serlo —seguramente por timidez y por no querer perder sus conquistados privilegios de hidalgo contemporáneo que lee lo que le place y se levanta a la hora que quiere— escribe como los hombres, que siempre han escrito mejor que los ángeles.

María Fernández Cuervo



Iñaki Uriarte.

Leí los dos volúmenes como quien se bebe la primera cerveza fría de un día solar. En voz alta, alternando risas, subrayando y anotando al lado de sus fantásticas ocurrencias, dándole la razón una y otra vez y paladeando su narrar fluido y preciso, tan escaso en estas eras de impostura global. Ojalá que Uriarte siga sin querer ser escritor mientras nos regala estas joyas. Ojalá siga leyendo sin parar y contándonos lo leído. Ojalá haya lectores para tanta lucidez de vela buena. Sería fantástica noticia, no ya para Uriarte, sino para todas las criaturas que de cuando en cuando se asoman a los libros y los abandonan sin que una chispa de humanidad se encienda en sus caletres. Debería glosar alguna frase que les sirva de enganche, pero les sabría a poco. Venga, va: "*Yo soy muy discreto*. Es verdad, siempre está hablando de él". Dice Vila-Matas que cuando leyó sus diarios por primera vez no supo reponerse de la impresión. Me lo creo. A mí también me gustaría ser Iñaki Uriarte. ■



"AFORISMOS QUE REVELAN A UN SER HUMANO PRODUCTO DE LOS LIBROS QUE HA LEÍDO Y DE SU CAPACIDAD DE OBSERVACIÓN

Isabel Burdiel.

AMOR, SEXO Y NEGOCIO

ROSARIO SÁNCHEZ ROMERO

ISABEL II: UNA BIOGRAFÍA 1830-1904
Isabel Burdiel
Taurus
24,50 euros | 944 páginas

Galardonada con el Premio Nacional de Historia, *Isabel II: Una biografía (1830-1904)* es una obra que nace con el objetivo de mostrar las luces y las sombras de un reinado y de un periodo político crucial de la historia de España: una etapa en la que se mezclan un conflicto dinástico con el desarrollo de una revolución liberal, lo que provocó tensiones entre el Parlamento y la Corona. Pero además de esta circunstancia —de transición de la monarquía—, la existencia de Isabel II estuvo marcada desde su nacimiento por su condición de mujer y por su posición de reina.

Con habilidad y soltura, Isabel Burdiel nos ilustra sobre aquellas circunstancias que se conjugaron en el proceso de deslegitimación de la Corona. Dicha deslegitimación estuvo mediatizada por diferentes factores: el de una reina en una Monarquía constitucional (algo inédito en el solar patrio) y el de un partido, el moderado, que instrumentaliza su desordenada vida sexual. Isabel Burdiel realiza una profunda reflexión sobre los avatares de lo que se ha dado en denominar "la ilusión monárquica", y las peculiaridades que tuvo en nuestro país el enfrentamiento generado entre el Parlamento y la Monarquía a través de las prácticas políticas cotidianas. La autora recoge la dialéctica entre el sujeto histórico y el personaje acercando al lector a la identidad ambigua y compleja de Isabel II, a la vez que nos ofrece una visión de la Monarquía inserta en una época en la que los valores políticos, sociales y culturales iban a sufrir una profunda transformación.

Por estas páginas desfila un elenco de personajes implicados muy directamente en la vida de Isabel II desde su más tierna infancia: la marquesa de Santa Cruz, que fue aya y espía, vigilante y cuidadora; la condesa de Espoz y Mina, el profesor Ventosa, un inefable Donoso Cortés y tantos otros que trataron de controlar la tutela y educación de la futura soberana. Este entramado de relaciones e intereses contrapuestos por parte de liberales y moderados nos desvela los entresijos de la corte y la política de camarillas de la época.

El penetrante retrato que realiza Isabel Burdiel trasciende la narración de una vida para adentrarse en cuestiones fundamentales del periodo isabelino: la transición de un reinado absolutista a una Monarquía constitucional, la adecuación de la Corona a los nuevos modelos burgueses emergentes, y la autonomía y el poder real y efectivo de la institución. La autora nos muestra sin prejuicios ni contemplaciones, la imagen velada de una mujer y una reina, manipulada y manipuladora, cuya vida privada fue aireada más allá de todos los límites de la moral de la época. Despilfarró el capital político y simbólico de la Monarquía, más preocupada por sus negocios, por sus intereses personales, que por los intereses de la Nación. Una reina que tuvo todo el poder para desestabilizar y entorpecer el juego parlamentario, y ninguno para lograr su objetivo de imponerse al Parlamento ante unos partidos dependientes de la voluntad regia.

> LA BIOGRAFÍA DE UNA REINA QUE DESPILFARRÓ EL CAPITAL POLÍTICO Y SIMBÓLICO DE LA MONARQUÍA EN BENEFICIO DE SUS NEGOCIOS E INTERESES PERSONALES

Isabel II terminó sus días en París tras un largo exilio, pero fueron muchas las variables que se cruzaron y múltiples las tramas que se urdieron, para que finalmente "esta imposible señora" acabara siendo denostada y expulsada. Isabel Burdiel ha escrito un minucioso e intenso relato que interesará a expertos y profanos, pero también lleva a cabo una reinterpretación del periodo, así como un examen de la figura controvertida de la Reina que revela, desde dentro, el drama de una mujer. ■

—JORDI GRACIA

"La atracción por los **diagnósticos funestos** se alimenta de una neurosis morbosa"

TOMÁS VAL

Jordi Gracia (Barcelona, 1965) es catedrático de literatura en la Universidad de Barcelona, crítico literario y articulista, además de autor de varios libros sobre la historia intelectual de España en el siglo XX. *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo* (1996; 2006), *La España de Franco. Cultura y vida cotidiana* (2001), *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (2004) o *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo* (2008) son algunos de los títulos que componen esa crónica intelectual de nuestro pasado más cercano.

El intelectual melancólico es su primer panfleto, donde llama al optimismo desde la indignación que le produce ese continuo toque de muerto que se escucha desde tantos campanarios.

—Esa melancolía que atribuye a algunos intelectuales actuales, viene de lejos. Cicerón, Horacio, Séneca y muchos otros ya deploraron las costumbres de la juventud y muchos vicios de su sociedad. Ya sabe: *Estos jóvenes que no respetan nada…*

—Me temo que sí, aunque no se trata solo de eso: que la población lectora, curiosa, cinéfila, tenga una percepción desconcertada del presente es parte del hecho mismo de estar vivo y despierto. Lo que resulta menos tolerable es que autores específicamente preparados y dotados para el análisis y la ponderación incurran en diagnósticos sistemáticamente decantados hacia la degradación cultural del presente.

—Es curioso que en este panfleto, que denuncia el pesimismo irritante y corrosivo de tantos intelectuales españoles, no nombre a ninguno explícitamente.

—Es un silencio premeditado y ha resultado eficaz: he descubierto que cada lector ha ido confeccionando su propia lista de nombres de acuerdo con su formación y manías.

—El lector podría preguntarse si la cultura, las muchas lecturas y el ejercicio diario del pensamiento, no inmuniza a esos intelectuales contra la postura de niños enrabietados por no ocupar el protagonismo que desean.

—También yo me lo pregunto, y me lo pregunto desde que leí muy jovencito *Sobre la felicidad* de Séneca o el *Breviario de podredumbre* de Cioran: dos auténticos chutes contra las ilusiones fantasiosas de quienes alguna vez hemos soñado despiertos.

—Y a propósito: ¿no es su visión de la intelectualidad actual también un poco pesimista, melancólica?

—Me temo que el panfleto es hijo de un vitalista melancólico dispuesto a combatir sus peores propensiones.

—¿Cuál cree que debería ser el papel de los intelectuales, si es que deben ocupar alguno, en la actualidad?

—Imposible contestar: ¿no hay un atrevimiento excesivo en creer que deben desempeñar un determinado papel más allá del desarrollo escrupuloso, honesto y solvente de sus trabajos? La idea de que al intelectual le compete una misión es casi por sí misma sospechosa o como mínimo desasosegante, como no sea el desarrollo de su práctica profesional: la crítica, el análisis, el diagnóstico y hasta la profecía, todo, si es posible, irónico, cuerdo y poco alarmista.

—¿Qué opina sobre la influencia que Bernard-Henri Lévy parece haber ejercido sobre Sarkozy en la guerra de Libia?

—Que un político en activo escuche a escritores o pensadores debería ser práctica aconsejable; otra cosa es hacerles demasiado caso o, peor aún, escoger al intelectual para que ratifique el prejuicio o el juicio del político.

—¿Sería ese el sueño de nuestros intelectuales melancólicos?

—Lo fue seguramente y seguramente ha ido despeñándose por la pendiente de las posibilidades incumplidas. Pero debería ser aleccionadora la experiencia de demasiados intelectuales metidos en grandísimos laberintos a lo largo del siglo XX.

—¿Asistimos en la actualidad a una falta de ideas y propuestas intelectuales? Todo parece tambalearse y no surgen demasiadas propuestas.

—Sospecho que las propuestas están; lo que no está es la capacidad para hacerlas hegemónicas o suficientemente visibles y debatibles en términos públicos. Pero escuchar a Javier Pradera pensando sobre política o leer a analistas mucho más jóvenes como Ignacio Sánchez-Cuenca sigue siendo estimulante.

—Dicen que los tiempos de crisis suelen ser fecundos para el pensamiento. La época actual, desde el punto de vista económico, se compara mucho con el final de los años veinte. ¿Podríamos esperar un renacimiento cultural semejante al que tuvo lugar en el periodo de entreguerras?

—La pregunta en clave española es incontestable, porque estamos exactamente en un renacimiento cultural que arrancó desde mediados de los años sesenta y todavía no está arruinado, que yo sepa.

—¿Es más cómodo ser pesimista desde una cátedra o desde algún otro organismo oficial?

—La cátedra y la función universitaria deberían acentuar la probidad y la cautela analítica, precisamente porque son organismos que permiten la independencia de criterio y de juicio: a nadie van a quitarle el sueldo por decir lo que no debe.

—Lo cierto es que, a pesar de que esos intelectuales melancólicos carguen las

Isabel Soler

tintas en el pesimismo y se pasen el día anunciando Apocalipsis, tampoco parece haber muchas razones para el optimismo.

—No tengo más remedio que acudir a Gramsci y confesarme, como tantos otros, partidario del pesimismo de la inteligencia y del optimismo de la voluntad.

—¿En qué mejorarían el optimismo, el entusiasmo de los intelectuales, nuestras penurias actuales? Inevitablemente pienso en esos economistas que reclaman una mayor confianza para reactivar la Economía.

—El coma ético o moral y emocional está al alcance de cualquiera: basta con evocar la hambruna y la desesperación de la inmensa mayoría del planeta. La recarga de baterías suele proceder del trabajo bien hecho o hecho con gusto. Lo dijo hace muchos años Castilla del Pino: la felicidad consiste en amar y trabajar. Y ese es un vértigo contagioso.

—Jordi Gracia ha estudiado en profundidad la cultura española durante el siglo XX. ¿Qué les debemos los españoles de ahora a todos aquellos intelectuales del pasado? Tampoco es que muchos de ellos fueran la alegría de la huerta.

—Las melancolías meditativas de Antonio Machado o la lírica exaltante de Juan Ramón, el pasmo de la inteligencia de Juan Benet o la emoción acre de Juan Marsé son placeres intelectuales que hemos heredado. A algunos, la lucidez y la plenitud (melancólicas o no) de los demás nos exaltan sin tasa, y a mí sin duda.

—Es verdad, como usted afirma, que, en los últimos decenios, en Europa todo ha mejorado considerablemente: la educación, el acceso a la cultura, la igualdad de oportunidades, el Estado del bienestar... Pero parece innegable —y en *El intelectual melancólico* cita a Tony Judt— que existe una voluntad política para ir mermando todos esos derechos adquiridos. ¿No es esa una razón más que válida para el pesimismo?

—Por supuesto, lo es para repensar los mecanismos que hicieron posible ese desarrollo y que han perdido eficacia ante los cambios incluso estructurales de los últimos veinte años. El riesgo de devaluación del Estado del bienestar es completamente cierto y esa sospecha es el estímulo para contrarrestar la amenaza. La socialdemocracia en Europa está pensando, pero lo hace en medio de la desconfianza ante las ideologías fuertes y en pleno recelo ante un Estado fuerte como garantía de equilibrio social. Y encima con China como ejemplo de "Estado fuerte".

La idea de que al intelectual le compete una misión es casi por sí misma sospechosa o como mínimo desasosegante, como no sea el desarrollo de su práctica profesional: la crítica, el análisis, el diagnóstico

—Augusto Monterroso afirmaba que los buenos cuentos siempre son tristes. La ciencia ficción siempre nos pintó un futuro poco grato, ¿por qué los profetas de la catástrofe siempre tienen más eco que los portadores de buenas nuevas?

—No lo sé y solo conjeturo que la atracción por los diagnósticos funestos se alimenta con algún tipo de neurosis morbosa que nos ratifica, demasiadas veces, en la miseria de lo real frente a la plenitud de lo soñado o deseado. Es un cortocircuito tirando a neurótico.

—Al fin y al cabo, hagamos lo que hagamos, todo acaba mal. ¿O no?

—Pero antes de que todo acabe como sabemos que va a acabar (mal), vale la pena aplazar las vísperas de ese final cuanto podamos. Y la primera víspera del final es creer que la catástrofe ya está aquí, aunque sin saber del todo si antes o después de disfrutar de un último *gin tonic*, un último libro o un último cigarrillo. Casi iba a pedirle fuego. ■

ENSAYO

CONTRA LA SOLEMNIDAD

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

EL INTELECTUAL MELANCÓLICO
Jordi Gracia
Anagrama
12,50 euros | 101 páginas

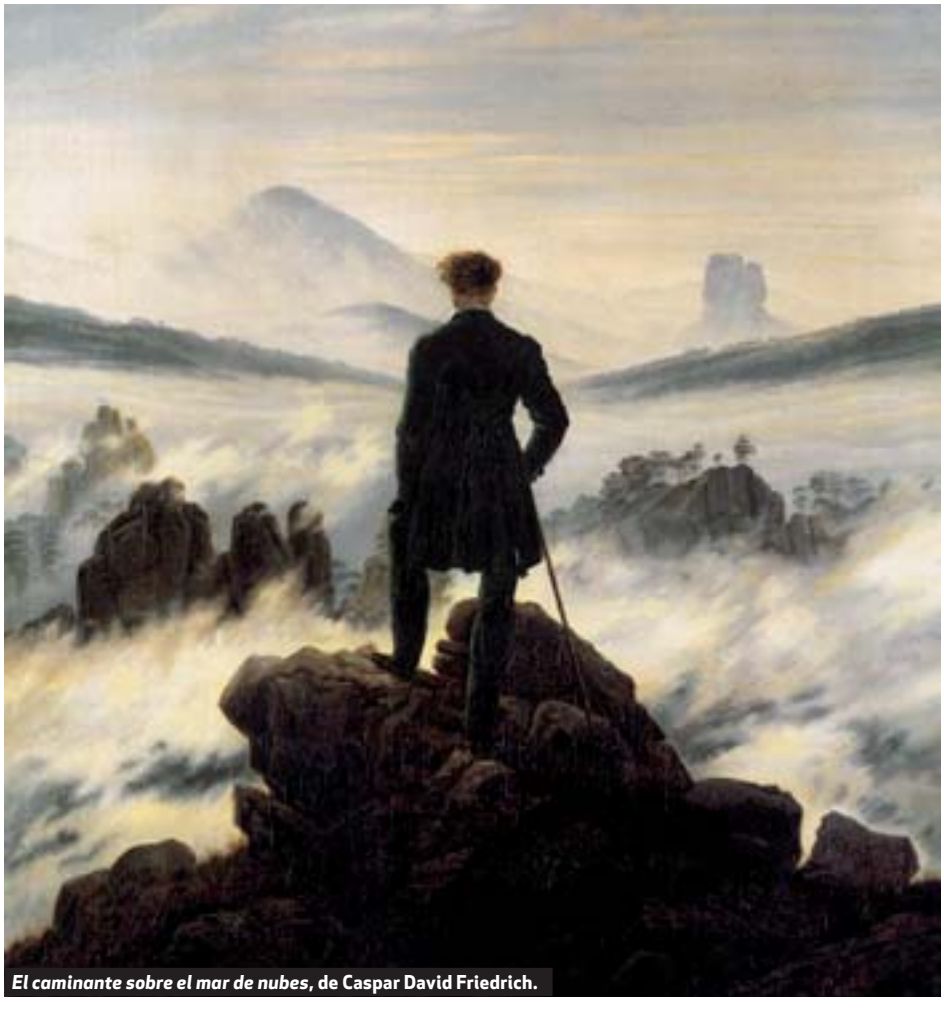
A este lector le falta contexto para conocer a ciencia cierta qué nombres ostentan algunos o muchos de los "ellos" contra los que Gracia dirige su panfleto. Aunque este lector sospecha que esos algunos o muchos "ellos" conforman el mundo universitario catalán, el hecho de que este lector no sea catalán ni forme parte de la universidad (catalana, asturiana o heidelbergiana) le exime de prestar mayor atención a esta orientación del panfleto. En realidad, este lector prefiere plegar velas en la dirección de los algunos o muchos "ellos" y atender hacia otros asuntos que hacen de este texto una lectura saludable. Porque los panfletos son siempre *ad hominem*, pero solo merecen recordarse aquellos que superan la coartada de los algunos o muchos "ellos" contra los que fueron redactados.

La dialéctica entre desastre y panglossianismo, entre "la edad de las tinieblas nos rodea" y "vivimos en el mejor de los mundos posibles", enamora sin remedio al mercado cultural, llámese *mass media*, élite académica o blogosfera gamberra, quizá porque la tentación de generar etiquetas es a menudo mucho más intensa que la necesidad de estudiar sus frutos. A mí los trenos abracadabrantes me aburren y las aleluyas de delectación me irritan, así que asumo con simpatía el lugar escéptico que Gracia celebra como propio ya no del tiempo que nos toca vivir, sino de cualquier época sobre la que apliquemos nuestra mirada.

La apelación del panfleto a ciertas enseñanzas de Montaigne (traducidas a román paladino: "el hombre ha sido siempre poca cosa", "toda tentación de soberbia desaparece ante la perspectiva del tiempo", "es común a la estupidez humana pensar que cualquier edad pasada fue mejor") la asumo sin rubor, del mismo modo que aplaudo sin un pero su vindicación de que, a pesar de los pesares (la cadaverina real, espantosamente carnal, que la cadaverina ideológica del "siglo corto" provocó), nunca como desde finales del diecinueve hemos estado tan cerca de lograr el sueño ilustrado de la derrota en toda regla de la minoría de edad autoimpuesta. De hecho, es cuando Gracia elogia las conquistas de una educación universal, integral y liberada de todas las mistificaciones religiosas cuando los nombres de los algunos o muchos "ellos" que transitan como fantasmas por estas páginas pasan a importar poco. En ese sentido, que Gracia vea el vaso del *statu quo* epocal medio lleno es coherente con el discurso antidepresivo que anima su diatriba.

Diatriba dentro de la que sobresale una imagen especialmente feliz, en la que el crítico resume con singular olfato al intelectual melancólico. Es aquella en la que habla del "cuadro más patógeno" existente, el celebrado *El caminante sobre el mar de nubes* de Caspar David Friedrich. Ahí, en esa metáfora del águila intelectual que contempla las miserias del mundo sin caer en la cuenta de que él no es precisamente un Nietzsche (y ni siquiera un Steiner, figura a la que Gracia rinde un honesto y sentido reconocimiento), reside parte del interés de este libro que defiende tesis tan obvias como a menudo olvidadas. Darle una colleja a los defensores "porque sí" de los Grandes Autores (las mayúsculas son del propio Gracia) es tan sano como asumir que la decanonización de toda forma de expresión cultural no puede traernos más que una intensificación del disparate con el que a menudo la lánguida posmodernidad nos obliga a comulgar.

Porque el rigor intelectual no está reñido con el gay saber nietzscheano, tan ausente, ay, de nuestro entorno. ■



***El caminante sobre el mar de nubes*, de Caspar David Friedrich.**

Ramón Menéndez Pidal.

UNA CIENCIA NUEVA

IGNACIO F. GARMENDIA

LAS IDEAS LITERARIAS (1214-2010). HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, VOL. 8
José María Pozuelo Yvancos (dir.)
Crítica
35,00 euros | 800 páginas

Decía hace poco Domingo Ródenas, en el marco de unas jornadas sevillanas dedicadas a Rafael Cansinos Assens, que el viejo debate que enfrentaba a la crítica académica con la que aparece publicada en la prensa se había superado en gran medida por la entrada en revistas y suplementos de críticos, como Jordi Gracia o él mismo, procedentes de la Universidad. A este selecto grupo —no pequeño pero ciertamente desigual, en todo caso no necesariamente más perspicaz ni mejor pertrechado que el constituido por los críticos (como el propio Cansinos, en su momento) que llamaríamos autodidactas— pertenece el profesor Pozuelo Yvancos, catedrático de Teoría de la Literatura en la Universidad de Murcia, que alterna la crítica semanal en las páginas de *Abc* con una notable producción ensayística en la que sobresalen títulos como *Teoría del canon y literatura española* (2000), *De la autobiografía* (2005) o el más reciente *Poéticas de poetas* (2009).

Presentado como el octavo volumen de la estupenda *Historia de la Literatura Española* de José-Carlos Mainer, el recorrido por *Las ideas literarias* que propone Pozuelo sigue, a decir del primero, la invitación de don Marcelino Menéndez Pelayo a trabajar en los estudios de literatura desde la perspectiva de una "ciencia nueva". La transmisión de los textos y saberes literarios, los vaivenes de la recepción, el análisis de las ideas estéticas o "el nacimiento y desarrollo del concepto mismo de literatura española" son, como enuncia Mainer, algunos de los contenidos tratados en este volumen que se añade —junto a otro (en preparación) a cargo de Fernando Cabo Aseguinolaza, dedicado a situar *El lugar de la literatura española* en el contexto ibérico, europeo o hispanoamericano— a la serie que recorre la historia por periodos, cuya última entrega hasta la fecha ha sido *Razón y sentimiento (1692-1800)* de María-Dolores Albiac Blanco, referida al con frecuencia minusvalorado siglo XVIII.

> LOS TEXTOS ANALIZADOS ABARCAN UNA AMPLIA GAMA DE MODALIDADES PREVIAS A LA APARICIÓN DE LA TEORÍA LITERARIA PROPIAMENTE DICHA

El hecho de que la transversalidad se haya convertido en uno de los términos fetiche de nuestra época, empleado con profusión por políticos, gestores, publicistas o comerciales, no quiere decir que no sea útil —solo para ellos novedoso, como las famosas sinergias— a la hora de describir las aproximaciones que proponen vetas de estudio más allá de la cronología. Prólogos o proemios, comentarios, diálogos, discursos, ensayos, críticas, conferencias o lecturas: los textos analizados por Pozuelo y sus colaboradores abarcan una amplia gama de modalidades o subgéneros previos a la aparición de la teoría literaria propiamente dicha, un campo de estudio —bastante reciente en términos históricos— que trabaja con materiales muy heterogéneos y donde caben, como dice el autor, "desde un rey sabio o un poeta hasta un catedrático, un periodista o un dramaturgo".

El vasto segmento abordado, ochocientos años que cubren la historia toda de la literatura española, justifica el reparto de las distintas épocas —que se corresponden a grandes rasgos con la periodización general de la obra— entre reconocidos especialistas: Fernando Gómez Redondo para la Edad Media, Gonzalo Pontón Gijón (coordinador general de la *Historia*) para los siglos XVI y XVII, Rosa María Aradra para el XVIII, Celia Fernández Prieto para el XIX y el propio Pozuelo para el XX. Este reparto garantiza el rigor, pero también la pluralidad de las miradas críticas, aunque las secciones respectivas pretenden dialogar con la obra mayor de la que forman parte y se acogen, como los restantes volúmenes, a la orientación ensayística propuesta por Mainer, en detrimento de aproximaciones eruditas que dejarían fuera al lector no especializado. Dicho con otras palabras, se trata de un libro concebido para la lectura, no tan solo para la consulta, enormemente instructivo y sin duda ninguna valioso, que supone una aportación importante y apenas ensayada en los estudios de literatura española. ■

ENSAYO

Vicente Almazán

Jesús Marchamalo.

EL MAPA DEL TESORO

JAVIER GOÑI

DONDE SE GUARDAN LOS LIBROS
Jesús Marchamalo
Siruela
18,95 euros | 222 páginas

Si fue Gamoneda quien por su insistencia escrutadora en las ajenas lo llamó "inspector de bibliotecas", bien podría llamársele ahora a Jesús Marchamalo "inspector de laberintos", pues eso es lo que son, en definitiva, las bibliotecas, ajenas o propias. Marchamalo ha pedido permiso a veinte escritores para que le abran esas puertas invisibles que conducen a sus bibliotecas particulares, bibliotecas veinte y ninguna igual, pues si decía Juan Ramón aquello de que un libro no se lee igual según sea una edición u otra, de la misma manera me da la impresión de que ciertos nombres universales, imprescindibles, desde un Kafka a un Pavese, pasando por Baroja, por citar tres, que asoman por estas bibliotecas no están de la misma forma en una biblioteca o en otra. Habrá quien tenga su Pavese en tal rincón, en tal estante, en compañía de este o de aquel, conservado de una forma o de otra, muy subrayado, anotado o impoluto, aunque bien leído. Y es que hay libros, autores, que se extravían en los laberintos de las bibliotecas, y estas pueden ser —según Marchamalo— arborescentes, misteriosas o de tela de araña; sobradas, invasoras o de torrentera. Hay bibliotecas que son como el mapa de un tesoro, o como un atlas. Hay bibliotecas en las que los libros están ordenados —y cada uno tiene su desorden— o las hay en las que los libros se dejan sueltos, para que encuentren, si lo consiguen, su propio asiento.

Los libros dejan huellas que hay que saber hallar a poco que se husmee en las bibliotecas, huellas que el escritor, al abrir la puerta de su biblioteca a Marchamalo, señala y otras que, en cambio, permanecen ocultas, esperando mejor ocasión. Luis Alberto de Cuenca considera que los libros de uno, en general, te sobreviven, y por eso no hay que marcarlos. Hay libros que te acompañan toda la vida, que sobreviven a las mil mudanzas de sus propietarios. Libros para recordar, para mostrar a la hora de evocar. Los libros que son ya, en el recuerdo, hojas de antaño: ¿sabe Luis Mateo Díez que tiene en un estante tres títulos de la serie de *Guillermo* de Editorial Molino, bastante *fatigados*? Y es que cada inspección a la biblioteca de los escritores escogidos está notariada por numerosas fotografías. Marchamalo describe el embarullamiento de muchas de ellas, los corredores de la muerte a donde van a parar

> MARCHAMALO DESCRIBE LA RELACIÓN QUE LOS ESCRITORES TIENEN CON SUS BIBLIOTECAS Y CÓMO HAN IDO CONSTRUYENDO CON EL TIEMPO ESTE UNIVERSO AUTOBIOGRÁFICO

Mesa de trabajo de Andrés Trapiello.

libros que nunca van a provocar una emoción, libros que andan en cajas, en bolsas, en altillos, en sótanos, desterrados, abandonados, pero a la hora de fotografiar esos rincones, esos estantes, las que aparecen en el libro, muy numerosas —es un libro cuidadísimo, muy hermoso—, son en cambio aquellas en las que sus propietarios se nos muestran precisamente con cara de serlo: propietarios. ■

POESÍA

¿QUIÉN ERES? ¿QUIÉN SOY?

JUAN BONILLA

LOS CANTOS DE JOSEPH UBER
Rafael Adolfo Téllez
Comares
11,00 euros | 72 páginas

Hay un poema del italiano Aldo Palazzeschi en el que se va preguntando: ¿Eres un poeta? ¿Eres un pintor? ¿Eres un músico? Y se responde, un poeta no, porque solo sé escribir la palabra locura. Un pintor no, porque solo pinto con los colores de la melancolía. Un músico no, porque solo sé silbar con los tonos de la nostalgia. Y entonces, ¿quién eres?, se pregunta Palazzeschi, ¿quién soy? Su respuesta es lamentablemente barata: dice, soy el saltimbanqui de mi propia alma (o quizá no, quizá sea muy profunda, y nos susurre que en el fondo no somos más que marionetas, personajes, proyecciones de algo más hondo, el alma, que apenas somos capaces de representar ni con actos, ni con poemas, ni con canciones). El poema me recuerda a Rafael Adolfo Téllez, no porque yo crea que como poeta solo sabe escribir una palabra, que en vez de locura, puede ser lluvia, o portón, o gallo, ni porque esté completamente seguro de que como el pintor de Palazzeschi, su paleta solo tiene un color, el de la melancolía, y sus tonadas un sonido, el de la nostalgia. Me recuerda a Téllez porque se diría que a la monumental pregunta de Palazzeschi, ¿quién soy?, que está en tantos espejos adolescentes y sobre las lápidas de tantos muertos y en los cuadernos de notas de un científico y en una página imborrable del *Quijote* y en la pregunta que le hace un padre a su hijo después de cerrarle los ojos, ¿quién soy?, Téllez sabría responder, soy Joseph Uber, o bien sé quién no soy, o bien yo soy el que fui. En cualquier caso, la respuesta a esa pregunta monumental, ¿quién soy?, está en este libro hermosísimo, que se abre con un poema muy emocionante, y luego empieza a mojarnos con su lluvia delicada, suave, amable, entre recuerdos y susurros. Por decirlo pronto, Rafa Téllez es el único poeta español que puede sacar unos mulos en un poema sin que nos asustemos. Joseph Uber es un personaje que parece sacado de uno de esos fantasmales escenarios áridos de Juan Rulfo, calles donde están muertos todos, vecinos fantasmales que recuerdan a vecinos aun más fantasmales, pero en ese escenario fantasmal su misión es devolverle la vida a lo que una vez la tuvo, porque de la vida se acuerda y sabe dónde está. El resultado es, y no es ninguna paradoja, muy vital, aunque solo sea por el hecho de que el libro está lleno de vida verdadera, es decir, vida reflexionada después de vivida, hechos transformados en aquello que es la aspiración máxima de cualquier hecho: convertirse en poesía.

> JOSEPH UBER ES UN PERSONAJE QUE PARECE SACADO DE UNO DE ESOS ESCENARIOS ÁRIDOS DE JUAN RULFO. SU MISIÓN ES DEVOLVERLE LA VIDA A LO QUE UNA VEZ LA TUVO, TRANSFORMAR LA VIDA VIVIDA EN POESÍA

Uber en alemán, con diéresis, significa por encima. Y me gusta que este Joseph Uber parezca por encima de sí mismo, mirándose desde el que es, un hombre a quien nadie conoce, pero que mediante la pausada mirada a quien fue, a todas las cosas que guarda como un tesoro en la memoria y que le vienen devueltas por la lluvia constante del libro, puede responder perfectamente a la pregunta: ¿quién soy? Si Rafa Téllez contesta, soy Joseph Uber, no hay duda de que Joseph Uber respondería, soy Rafa Téllez. Hay un autorretrato en el libro, y en ese autorretrato Uber-Téllez, o sea, el poeta que hay por encima del ciudadano Téllez, garabatea unos versos en el suelo con un palo: y nos dice que lo hace como quien enciende un fuego, para calentarse del frío de vivir o de haber vivido. Eso es exactamente este libro: una hoguera a la que acercar las manos para que la soledad en la que uno está encuentre el abrigo y el calor de la soledad de quien lo escribió. ■

Rafael Adolfo Téllez.

Rodrigo Vargas

POESÍA

José Luis García Martín.

EL TEJIDO DE LA VIDA

JAVIER LOSTALÉ

LA AVENTURA: ANTOLOGÍA POÉTICA
José Luis García Martín
Renacimiento
12,00 euros | 248 páginas

Ensayista, autor de diarios, articulista, antólogo y crítico literario, José Luis García Martín es, sobre todo, poeta, con una obra cuya importancia a estas alturas es indiscutible. Prueba de ello es la antología de sus libros que, bajo el título de *La aventura*, ha publicado Renacimiento, donde se reúnen poemas que abarcan desde "Autorretrato de desconocido" hasta "Légamo", pasando por "Material perecedero", "Al doblar la esquina" o "Mudanza", a los que suman tres textos inéditos. La edición es de la filóloga y catedrática de Literatura Rosa Navarro Durán, autora también de un prólogo en el que se refleja con todos sus rasgos el rostro creador del poeta ovetense, "capaz de ser la voz del lector en el tiempo de la lectura, y luego dejar ecos, añadir lizos al estambre de la vida". Cosa que consigue a través de una poesía en la que hay una reflexión sobre la existencia, una metafísica lírica de la que parte una límpida emoción, en la que la literatura, la memoria, el olvido y los viajes forman un tejido en el que no deja de respirar el amor, siempre presente, actuante, a pesar de la pérdida y de su fugacidad.

Literatura que para José Luis García Martín es el pulmón y el corazón de la existencia; memoria como resurrección y voluntad de felicidad; olvido inserto en la propia memoria, de la que es la manifestación más honda y silenciosa, hasta el punto de que —y parafraseo al poeta— "la dicha mayor es no haber sido"; y los viajes, proyección siempre del espíritu en lugares catalizadores de anhelos, espacios anímicos de encuentros y despedidas, fuente también de belleza y su íntimo resplandor, lugares en constante intersección con el tiempo, corporeizado, convertido en una criatura más. Y desde luego el amor, encarnado en seres que desde su ausencia le visitan, entre los que uno sin nombre funda su existencia. Una poesía, la de José Luis García Martín, realista, pero de la realidad interior porque todo transcurre por dentro, donde —opina— "está la verdadera salvación". Una luz de madrugada y una soledad floreciente atraviesan también estos poemas con temperatura de entresueño, en los que existe una niebla luminosa que amanece lo perdido así como un secreto pulso entre lo que ocurre en una casa y su jardín, tan poblados de sombras con voz, donde sucede el mundo. Y hay en ellos igualmente una circulación de sueños que dan completud a la vida y una celebración de esta que alcanza a lo inexistente, sin que ello excluya la aceptación de la muerte: "Qué placer en la noche sigilosa / soñar que ya estoy muerto, que la vida / no vendrá a consolarme una vez más, / que nunca más sus labios en mis labios (...) El tiempo ya es ceniza entre mis manos, / son ceniza mis manos en el viento, / en esta noche, en el jardín sin nadie, / con solo un árbol donde Dios se ha ahorcado".

Un sucesivo despojamiento hacia un final inevitable trasmina asimismo de los diferentes libros, considerados en su unidad, sin que falte la extrañeza sobre quiénes somos ni la presencia de la infancia o el regreso a los orígenes, ni tampoco una tensión de espera y una atmósfera de misterio. En cuanto a los aspectos formales, la obra de José Luis García Martín se caracteriza por su aliento clásico, por su musicalidad y por su transparencia. En definitiva: para los que creen en la poesía como palabra iluminadora y nutriente de la vida, *La aventura*, como la propia autora de esta edición piensa, es "un festín". ■

breves
FICCIÓN

Sevilla 100 fotografías que deberías conocer

Marcos Fernández Gómez, Inmaculada Molina Álvarez y Elena Hormigo León | Ayuntamiento de Sevilla
133 páginas, 20,00 euros

Un recorrido por las imágenes de José Antonio Lamadrid, Francisco Macías, Serafín Sánchez Rengel, Ángel Gomez Beadas y Juan José Serrano entre otros, que plasma la metamorfosis del río Guadalquivir; la extensión de la ciudad hacia el sur; el impulsó que aportó la Exposición Iberoamericana de 1929 y los avances en infraestructuras que originó la Expo del 92. El libro se compone también de fotografías que reflejan los cambios sociales, eventos y costumbres de Sevilla desde mediados del siglo XIX a la actualidad. ■

QUÉMESE EN CASO DE INCENDIO

JESÚS AGUADO

PAN COMIDO
Isabel Bono
Bartleby Editores
9,00 euros | 79 páginas

Quémese en caso de incendio" es uno de los 12 poemas de *Pan comido*. Es, también, una poética recurrente en la obra de Isabel Bono: la poética del deseo que convierte en deseo todo lo que toca, la poética de un fuego que busca perpetuarse invitando a todos (y a todo) a arrojarse a él. Hasta el momento, esta poética casi siempre se había materializado en los libros de Isabel Bono (como en el publicado en el 2011, *Algo de invierno*, Luces de Gálibo) en

Isabel Bono.

forma de poemas breves, en relámpagos que atravesaban el cielo de una página y dejaban sobre ella rescoldos y cerillas amontonadas. Poemas que se acaban casi antes de comenzar porque solo abren la boca para servirle de diapasón al silencio.

En *Pan comido*, sin embargo, Isabel Bono se lanza sin red al corazón de ese fuego, que ahora está compuesto de textos de varias páginas cada uno donde sus demonios de cabecera (Bukowski, Fante, Caeiro, que sustituyen a Beckett o a Dickinson) ruedan enredados ladera abajo produciendo un estrépito de imágenes, emociones, historias e ideas. Poemas incontenibles que arrollan todo lo que tocan, también esos poemas breves de los que han surgido y a los que terminarán regresando. Poemas del deseo que caminan, por expresarlo con palabras de Isabel Bono, con pies de plomo sobre el agua. Poemas que hay que quemar (y donde nosotros, sus lectores, tenemos que quemarnos) porque se apresuran a un incendio que les llama por su nombre. El deseo y el fuego son fáciles, pan comido, pero solo porque extraordinarias poetas como Isabel Bono saben contarlos desde dentro. ■

CARE SANTOS

La pirámide roja

Rick Riordan
Montena (en catalán: La galera)
15,95 euros. 476 páginas

Después de la exitosa saga *Percy Jackson y los dioses del Olimpo*, el autor estadounidense Rick Riordan reaparece para demostrar que después de ocho libros sigue tan —o más— en forma como al principio, que el tema de la mitología clásica está lejos de agotarse en su imaginación y que domina como casi nadie los mecanismos que llevan al lector a engancharse desde la primera línea con sus historias. Sirviéndose del recurso de autor-editor y de la argucia de transcribir unas cintas grabadas por los dos adolescentes protagonistas Riordan nos cuenta lo que ocurrió en las vidas de estos dos hermanos después de "la noche en que nuestro padre hizo volar el Museo británico". Lo fabuloso de esta es que, además, cumple las expectativas: en ella los lectores hallarán buenos personajes principales, magníficos —y divertidos— secundarios, la mitología egipcia como base de la trama, en la que la arqueología y la investigación al más puro estilo Indiana Jones están también presentes y, por último, personajes realistas y aquejados de algunos de los males de los lectores contemporáneos: soledad, incomprensión, separación de sus seres queridos.

En definitiva, estamos ante uno de los mejores libros para jóvenes que han aparecido este año. ■

Cielo rojo

David Lozano | SM
17,95 euros. 475 páginas

El desastre de Chernóbyl forma parte del catálogo de horrores que impregnó la infancia de los escritores que tienen hoy entre 30 y 45 años. Seguramente esa es la razón de que últimamente escenarios como Prípiat sean un paisaje tan familiar en la literatura de esa generación. No es ni mucho menos, sin embargo, un asunto habitual de novelas dirigidas a lectores jóvenes y es de celebrar encontrarlo en esta, con la que David Lozano da un paso de gigante en su carrera y propone a sus lectores —acostumbrados a su querencia por lo sobrenatural y lo fantástico— un giro hacia el realismo que entremezcla temas políticos y policiales.

La trama gravita en torno a una investigación periodística, aliñada con los conflictos íntimos de tres jóvenes enredados en un triángulo amoroso. El ritmo trepidante, marca de la casa, nos acerca a la novela de aventuras en la que Lozano es todo un maestro.

La apuesta, sin duda arriesgada, se agradece en un autor que cuenta a sus lectores por miles gracias a la trilogía *La puerta oscura*. Este libro abre nuevos caminos y es una grata sorpresa en más de un sentido. ■

Nat y el secreto de Eleonora

Rébecca Dautremer / Anik Le Ray
Edelvives
16,50 euros. 64 páginas

El mundo al revés: una película trasladada a un libro. La cinta *es Kérity, la maison des contes*, de Rébecca Dautremer, dirigida por Dominique Monféry, una obra maestra del cine de animación para niños. El libro pretende ser su hermano gemelo en papel, especialmente pensado para los fans de la ilustradora francesa, de la cual Edelvives ha publicado varias de sus obras, entre ellas *Princesas*, tal vez la más conocida, y *Cyrano*.

En esta ocasión, la historia es la de una biblioteca compuesta por libros de cuentos de gran valor que, tras ser comprada por un avaricioso librero de lance, debe ser devuelta a su lugar de origen. En ello se empeñarán Nataniel, un niño de siete años que, para su vergüenza, aún no sabe leer, su hermana y un buen puñado de personajes de ficción, encabezados por una aguerrida Caperucita roja. No es más de lo mismo: la ternura, el sentido de la existencia y, sobre todo, la pasión por los libros, la lectura y la amistad priman en este título que también contiene espléndidos dibujos de Anik Le Ray. Si tienen ocasión, acérquense también a la película. ■

Ilustración de *Nat y el secreto de Eleonora*.

En la plaza quieta

Antonio Núñez-Torrescusa / Beatriz Torres | Universidad de Castilla-La Mancha
5 euros. 44 páginas

Fantasmas modernos, espantapájaros pobres, abuelitas lectoras, niñas aficionadas a la poesía o arañas despiadadas son algunos de los personajes que pueblan las páginas de este estupendo libro de poemas para niños, ganador de la última edición del premio Luna de aire.

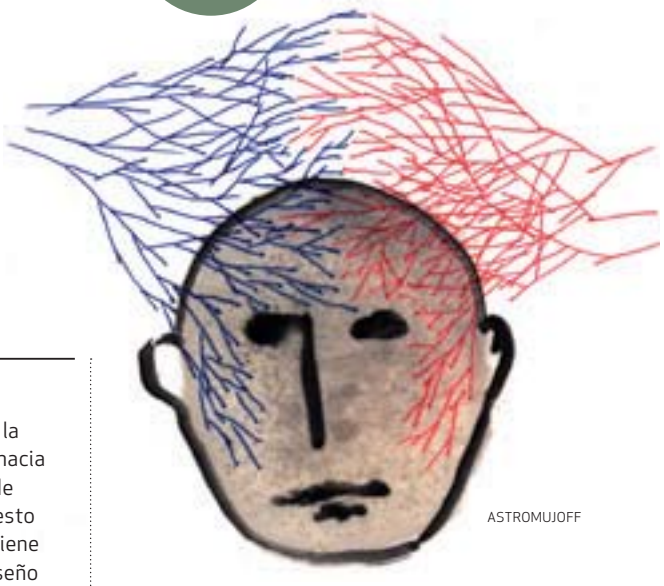
Sus autores han sabido, a partir de la diversidad temática, confeccionar un conjunto al que la ilustración otorga un primer nexo común. Más allá, cabe buscar el hilo conductor en algo más sutil: la pretensión de huir del lugar común, el fino sentido del humor, la mirada escenográfica sobre el mundo y la delicadeza de una rima en asonante que es una verdadera delicia.

Uno de esos libros que los adultos guardamos a buen recaudo, por miedo a que los niños lo estropeen demasiado pronto. ■

CIENCIA

LA NUEVA CULTURA

FRANCISCO MORA*



ASTROMUJOFF

El Nobel Eric Kandel ha venido señalando que la humanidad converge hacia un conocimiento unificado de Ciencias y Humanidades. Y esto es así, señala, porque todo viene generado a través de ese diseño computacional común, único, que es el cerebro humano. Suceda esto o no, lo cierto es que hoy las mentes más adelantadas están preconizando un cambio en los parámetros culturales que nos envuelven. Es más, para algunos, ya se están entreabriendo las puertas de una nueva cultura. Recientemente el prestigioso erudito de la Universidad de Cambridge George Steiner no solo señaló que todas las culturas y todas las religiones son mortales, "como mortales son los hombres que las han creado", sino que vaticinó un cambio profundo en la cultura occidental apuntando en particular a la muerte de las grandes ideologías políticas y religiosas, creadoras en buena medida de los valores y normas de nuestra cultura actual. Señalaba Steiner: "El cristianismo va a morir, como murió el marxismo. ¿Qué va a llenar el vacío? ¿Qué nos espera?"

Lo que sí parece evidente es que en ese cambio o esa nueva cultura, la ciencia va a jugar un papel de actor principal. Y no solo por sus descubrimientos y aplicación en todos los órdenes de nuestras vidas, como hasta ahora, sino como revulsivo profundo del conocimiento mismo, alumbrando nuevas concepciones del hombre y todo lo que le rodea y alcanzando el reconocimiento de que nada es posible conocer, como próximo a la verdad, más que aquello que se obtiene por las pruebas, los tests, la comprobación, las hipótesis, los experimentos. Esto nos llevará a esa nueva cultura en la que ninguna verdad será aceptada cuando solo se enuncie con meras palabras, "sagradas" o "filosóficas", y sí aquella que haya pasado por las cribas y pruebas más universales y contrastadas.

La física y la astronomía, la biología y la evolución biológica y las ciencias del cerebro están provocando un giro revolucionario en la ubicación del ser humano en el mundo. En particular las neurociencias, con sus logros y filosofía, están reubicando al hombre como centro del universo, creador con su cerebro de toda relación humana y aun de la "realidad" objetiva tal cual la conocemos. Y aun cuando el nuevo pensamiento "científico-humanístico" esté todavía confinado a ese grupo de "elegidos" que son los científicos y pensadores más avanzados, pronto esta nueva ola de conocimientos llegará a la gente, creará "cultura" y producirá un cambio profundo en los parámetros más "humanos" que conocemos. Precisamente creo que en el "cocinar" de este cambio deben contribuir sobremanera no solo los libros que "divulgan" la ciencia, es decir repiten los conocimientos científicos con lenguaje asequible, sino los libros que "piensan" la ciencia, elaborando y creando un nuevo significado para la sociología, la filosofía, la ética y el derecho, la literatura y hasta la poesía que alcance a gentes de todos los niveles intelectuales, desde aquel que realiza un trabajo manual hasta el que encerrado en su torre de marfil crea, en delirio filosófico o religioso, figuras aladas sin más carne que la de su propia imaginación.

> NADA EXISTE EN EL MUNDO HUMANO QUE NO HAYA SIDO FILTRADO Y PROCESADO POR EL CEREBRO, LO QUE INCLUYE CÓMO PENSAMOS, SENTIMOS Y ELABORAMOS NUESTRAS CULTURAS LEJOS DE SUPERSTICIONES

Nuestro conocimiento actual de cómo funciona el cerebro nos está llevando a entender cómo el ser humano percibe, elabora y construye la realidad que le rodea. Y a la idea, bastante clara, de que nada ocurre, ni existe en el mundo humano que no haya sido filtrado y procesado por el cerebro, lo que incluye cómo pensamos, sentimos y elaboramos nuestras culturas lejos de supersticiones y fenómenos sobrenaturales. La misma neuroética nos lleva a entender mejor cómo se crean los valores y las normas morales y cómo estas cambian con el cambio de culturas, lo que nos ayudará a liberarnos de errores, creencias y falsas acuñaciones sobre la moralidad. Creo que todo ello nos debe conducir a situar al hombre en una perspectiva más real y más verdaderamente humana. A todo esto que está por venir, y a mejor concepto por alumbrar, yo lo llamo neurocultura. ■

* Catedrático de Fisiología de la Universidad Complutense de Madrid y profesor adscrito de Fisiología Molecular y Biofísica en la Universidad de Iowa.

Librería Rafael Alberti

LOLA LARUMBE

Calle Tutor, 57
28008 Madrid
www.libreriaalberti.com

La librería Rafael Alberti comienza su andadura en el otoño del año 1975. Enrique Lagunero busca un local claro en el centro del barrio de Argüelles, en pleno corazón del Madrid universitario y lo llena de palomas azules, paredes blancas, encaladas, y de muchos libros hasta entonces guardados a la sombra, como el país. Esos años de la transición delinean ya el perfil de la librería Alberti, como una librería plural, comprometida, un espacio de encuentro alrededor del libro, abierta, con vocación de conformar una buena librería de fondo donde el papel del librero es determinante.

Ricardo Martín

En los ochenta Lola Larumbe, Santiago González y Jaime Lucía toman el relevo y prosiguen en la tarea de asentar y proyectar la librería Alberti hasta el siglo XXI, incorporando a sus filas al librero Miguel Martín, al joven Iñaki Lucía, y a Pepe Amengual y Sergio Suárez como imprescindibles colaboradores.

En 2005 fue galardonada por el Ministerio de Cultura y la CEGAL con el V Premio Librero Cultural por su proyecto "Encuentros en Alberti", con el que ha conseguido convertir el espacio de la librería en uno de los referentes culturales en Madrid. Muchos han sido los poetas, escritores, editores, que han dejado palabras y experiencia en las paredes de "la Alberti", entre ellos José Luis Sampedro, José Antonio Muñoz Rojas, Ángel González, Francisco Brines, Ernesto Cardenal, Bernardo Atxaga, Joan Margarit, Juan José Millás, Elvira Lindo, Luis García Montero, Benjamín Prado, Luis Muñoz, Ida Vitale, Andrés Trapiello, Juan Cruz, Tomás Segovia..., y así hasta más de 200 creadores literarios, ensayistas y gentes del libro. Los editores independientes madrileños concedieron el Premio Bibliodiversidad (2004) a la librería Rafael Alberti por la variedad y riqueza de su fondo editorial, formado por más de 20.000 títulos.

Pero el mayor capital de la librería Alberti, acumulado en estos años, son los muchos lectores que con su confianza siguen empujándonos para seguir siendo "una librería de referencia en Madrid". ■

«¿Cuántas veces se contrae el corazón por minuto? Eso depende de si el hombre tiene miedo».

«Krall habla de hechos reales mediante el poder de la ficción».
The New York Times

«Le bastan unas cuantas palabras para crear miles de imágenes imborrables».
Boston Globe

NOCTURNA EDICIONES

J.M. Caballero Bonald y Pere Gimferrer.

Los rumbos de la poesía actual

Gran repercusión del I Encuentro Poesía en Vandalia, inaugurado por Pere Gimferrer y Caballero Bonald

El Espacio Santa Clara registró un lleno absoluto de público durante el I Encuentro Poesía en Vandalia, celebrado en Sevilla y organizado por la Fundación José Manuel Lara el pasado mes de noviembre. En el acto de inauguración del día 15 participaron Pere Gimferrer y José Manuel Caballero Bonald, "dos poetas distintos, pero no distantes", como señaló el director de la colección Vandalia, Jacobo Cortines. Los dos días siguientes tuvieron lugar sendas mesas redondas moderadas por Ignacio F. Garmendia, coordinador del Encuentro, que contaron con la intervención y posterior lectura de los poetas Carlos Marzal, Aurora Luque, Eduardo Jordá, Antonio Lucas, Justo Navarro, Blanca Andreu, Joaquín Pérez Azaústre y José Luis Rey.

Tras la bienvenida de la directora general de la Fundación Lara, Ana Gavín, que expresó la intención de que el ciclo tenga una periodicidad anual, intervino el director general del Libro, Archivos y Bibliotecas de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Julio Neira, entidad patrocinadora de un encuentro que contó también con la colaboración del Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla y de la Orquesta Barroca de Sevilla.

Intercambiar ideas, fomentar el contacto de los poetas con los lectores y explorar los rumbos de la poesía actual fueron los objetivos del ciclo, que se abrió con un diálogo entre José Manuel Caballero Bonald y Pere Gimferrer. El escritor andaluz destacó el papel de la memoria en su actividad literaria: "Si uno no tuviera recuerdos, no escribiría. Escribo acordándome de lo que he vivido, modificado, eso sí, por las exigencias del texto literario". Indicó además que para él la poesía "es un hecho lingüístico: imágenes que ofrecen la posibilidad de juntar palabras que se asoman a un mundo desconocido que descubre una realidad nueva". Por su parte, Pere Gimferrer defendió la autonomía del poema respecto de la realidad que designa y "la búsqueda de lo absoluto verbal".

Ambos autores leyeron poemas del otro y hablaron sobre sus escritores de referencia. Caballero Bonald recordó que "empezó a leer de forma irregular en una etapa culturalmente hostil, como era el final de los años cuarenta", a partir del hallazgo de una biografía de Espronceda: "Sus historias me dejaron asombrado, y quise imitarlo. Al no poder emularlo en otras cosas, intenté escribir versos y llevar una vida licenciosa". Gimferrer, por su parte, manifestó su interés primero por Rubén Darío y Góngora, hasta llegar a las vanguardias. "La formación de Caballero Bonald y la mía no son tan distintas. Empezamos por cierta poesía en castellano, y luego fuimos ampliando nuestras lecturas".

El descubrimiento de la poesía como elemento de expresión, la consideración del poema como "una medicina, con un valor terapéutico en situaciones límite" o la estela del debate en torno a la poesía de la experiencia fueron algunos de los temas abordados en el Encuentro, cuya primera edición se adelanta por muy poco al décimo aniversario de Vandalia. ■

La Odisea de Penélope

Vandalia inicia el año sumando a su catálogo a Nuria Barrios, que publica en la colección su segundo poemario, *Nostalgia de Odiseo*, después de haber ganado el Premio Ateneo de Sevilla con su anterior entrega. Tras el reciente éxito de *El alfabeto de los pájaros*, que ha confirmado a la escritora madrileña como una de las narradoras más prestigiosas de su generación, Barrios recrea en este libro la historia que silenció Homero, la de una esposa, Penélope, abandonada en plena juventud, encerrada durante veinte años y que envejece con cada puntada que da en el telar.

Nuria Barrios.

Luis Sevillano

Prisionera en su propio palacio y asediada por jóvenes pretendientes, Penélope vive entre recuerdos, incertidumbres y anhelos secretos. Ahora ama a Odiseo, ahora lo añora, ahora lo inventa, ahora lo odia. Su mente se mueve en el filo de la locura. Ni su hijo, Telémaco, ni la nodriza ni las criadas ni los pretendientes saben en realidad lo que oculta su rostro, los miedos y los deseos que la asaltan en la oscuridad de su alcoba. Nadie sabe leer lo que borda por el día y deshace por la noche. Penélope no libra sangrientas batallas ni se enfrenta a enfurecidos dioses: la suya es una lucha titánica por salvar a Odiseo sin perderse a sí misma. ■

ÁLVARO POMBO

De la brevedad de Ortega y Nietzsche

Parece estúpido hablar de la brevedad expositiva de dos autores cuya obra completa es extensísima, muy compleja y muy larga. Autores, ambos, que desearon que su vida filosófica fuese, como diría Rilke, una larga tarea.

La *brevedad* es un concepto somero que queda expresado, con cierto como regodeo, en el dicho "Lo bueno, si breve, dos veces bueno". Esto de la doble bondad de un bien por razón de su brevedad nos parece hoy en día —incluso en este tiempo nuestro de abreviaturas y aceleraciones— una gansada escolar, propia de personas solo moderadamente deseosas de ilustración, que confían en que los conferenciantes vayan al grano y se enrollen lo menos posible. El dicho hace alusión también a un ideal de concisión o contención, que queda contradicho por la célebre frase alemana *Einmal, keinmal* (una vez, ninguna vez). Kierkegaard se burla un poco de esta idea alemana, como si fuera verdad que para que algo nos guste (sea bueno) tiene que dársenos mucho, incluso demasiado, con excesiva frecuencia. Los frescos y juveniles estudiantes parisienses del sesenta y ocho, temían las largas intervenciones de Sartre y escribían junto a su nombre, en la mesa de los conferenciantes: "Sartre, sé breve". Los lectores de Sartre sabemos que era fascinantemente preciso y claro y que no podía ser breve, como no pudo serlo Proust, ni Henry James, este último ni siquiera al escribir recados.

MIGUEL SÁNCHEZ LINDO

Con Nietzsche y Ortega me sucede a mí, sin embargo, que, al leer sus escritos, tengo con frecuencia una sensación de intensa brevedad. Esta sensación es coincidente con, pero distinta del hecho de que Nietzsche escribiera con gran frecuencia aforismos y Ortega artículos de periódico. Con ambos autores tengo yo una sensación de fragmentación voluntaria, de abreviatura centelleante, de continua sintetización vital de ocurrencias, de ideas y de desarrollos, que otros pensadores han desarrollado quizá con menos fortuna, pero con mucha mayor extensión. Una manera antigua de calificarlos a ambos es decir que sus prosas son ensayísticas. Con lo cual se quería decir que eran sugerentes, atrevidas, pero faltas quizá de la argumentación y de las pruebas explícitas. La brevedad de Ortega no es la de los microrrelatos ni la de los aforismos, ni tampoco, como la de Nietzsche, fruto de una intención anti-sistemática (Nietzsche creía que la filosofía se había acabado de decir a sí misma en la obra de Hegel y los hegelianos —que eran plúmbeos— y que lo que requerían los nuevos tiempos, a mediados del XIX, era una filosofía antisistemática, fulgurante, capaz de capturar la Gaya Ciencia, el saber relampagueante de la existencia. Le parecía que el aforismo, en esa realidad relampagueante, captaba mejor que los desarrollos laboriosos la esencia del pensar. Para calificar a Nietzsche me valdré de su propia teoría en "Sobre la locuacidad de los escritores", hay —dice— una locuacidad cortante del enojo, frecuente en Lutero. Otra locuacidad conceptual con un excesivo acopio de grandes fórmulas, como en Kant. Y otra, como en el propio Nietzsche, como en Montaigne, debida al "deseo de proponer siempre nuevos giros de la misma cosa". Esta locuacidad, giratoria, originante, que propone siempre nuevos y nuevos aspectos de las cosas, podría decirse común a Ortega y a Nietzsche. Al leerlos, tiene uno, por eso, la sensación de que las ocurrencias desbordan y se escapan de los textos entrecortándolos, *abreviándolos*, volviéndolos instantáneos por largos que sean. Pero hay otra dimensión de la brevedad en la prosa de Nietzsche y de Ortega que correspondería a la experiencia de la brevedad de la vida. En su epílogo a la *Historia de la filosofía* de Julián Marías, escribe Ortega: "En los sitibundos desiertos de Arabia hay un proverbio de caravana que dice: bebe del pozo y deja tu sitio a otro". La brevedad centelleante de la prosa, el relampagueante hacer ver el mundo de estos dos grandes pensadores, resulta, además, una pasmosa abreviatura, cada vez, de toda la filosofía occidental. ■

Número 138 | Febrero 2012

TEMAS Pintura y literatura: Vicente Molina Foix, Estrella de Diego, Jesús Aguado, Antonio Lucas | **ENTREVISTAS** Roberto Calasso | **GEOGRAFÍAS** Salamanca por Antonio Colinas | **LECTURAS** David Foster Wallace. Eva Díaz. Juan José Millás. David Monteagudo. Alberto Barrera. Eduardo Arroyo. Manuel Vilas. Julio Mas | **CLÁSICO** Ramón Gaya por Carlos Marzal | **FIRMA INVITADA** Ángeles Caso

FUNDACIÓN**MAPFRE**

EXPOSICIONES

Gotthard Schuh

15 NOVIEMBRE 2011
/
19 FEBRERO 2012

SALA AZCA

Avda. General Perón, 40, Madrid.
Telf. 91 581 16 28

Estanque de patinaje, Suiza, 1936 (detalle)
©Fotostiftung Schweiz, Winterthur

© Hulton-Deutsch / Corbis / Latinstock

YVES SAINT LAURENT

6 OCTUBRE 2011
/
8 ENERO 2012

SALA AZCA

Paseo de Recoletos, 23, Madrid.
Telf. 91 581 61 00

www.fundacionmapfre.com

Síguenos en
www.facebook.com/fundacionmapfrecultura

Plan de Dinamización Lectora en Bibliotecas Públicas

Andalucía CULTURA LETRAS

Mercurio 137. Enero/12 79733
8 432715 051008

Centro Andaluz de las Letras

Cultura eres tú

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA